

SERVICIO SECRETO

**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

**JUEGOS DE
AZAR Y MUERTE**

***Clark
Carrados***



El automóvil se detuvo junto a la acera. El conductor tardó unos instantes en apearse, muy entretenido, al parecer, en encender de nuevo el cigarro que se le había apagado. Al comprobar que tiraba satisfactoriamente, apagó las luces y abrió la portezuela.

Un hombre se acercó entonces. El conductor le miró con ojos de irritación.

—No tengo nada que darle —masculló, colérico—. Detesto a los vagos, que piden limosna, sólo para conseguir un trago...

—Yo no pido limosna, amigo —respondió el otro, a la vez que sacaba una pistola.



Clark Carrados

Juegos de azar y muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1768

ePub r1.1

Lds 11.03.19

Título original: *Juegos de azar y muerte*

Clark Carrados, 1984

Cubierta: Fabá

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

El automóvil se detuvo junto a la acera. El conductor tardó unos instantes en apearse, muy entretenido, al parecer, en encender de nuevo el cigarro que se le había apagado. Al comprobar que tiraba satisfactoriamente, apagó las luces y abrió la portezuela.

Un hombre se acercó entonces. El conductor le miró con ojos de irritación.

—No tengo nada que darle —masculló, colérico—. Detesto a los vagos, que piden limosna, sólo para conseguir un trago...

—Yo no pido limosna, amigo —respondió el otro, a la vez que sacaba una pistola.

El conductor abrió la boca. El cañón de la pistola se acercó precisamente a aquella región anatómica. El disparo apagó el grito apenas iniciado, pero en realidad no hizo ruido, ya que la pistola tenía silenciador.

El cuerpo, ya muerto, dio un salto convulsivo hacia atrás y quedó tendido de espaldas sobre el asiento delantero. En el tapizado de la puerta opuesta había manchas de sangre, proyectadas por la explosión del cráneo tras el disparo.

Convertido en una sombra, el asesino se alejó tranquilamente. Nadie se había percatado de lo sucedido y nadie lo advirtió, hasta el amanecer siguiente, cuando un ciudadano madrugador vio el nada agradable espectáculo y corrió inmediatamente a informar a la policía.

* * *

El local tenía el bonito nombre de Golden Moon (Luna Dorada),

aunque algunos opinaban que era un contrasentido, porque la luna es siempre plateada. La dueña discrepaba de tales opiniones porque decía que, en ciertos momentos, la luna parece de oro; en todo caso, eso le importaba muy poco. El local funcionaba a las mil maravillas y, bien mirado, era una mina de oro para la propietaria.

Era una mujer emprendedora y guapa, a sus treinta y ocho años apenas cumplidos. Belle Throne lo vigilaba todo y no permitía que ninguno de sus empleados ni los artistas contratados, ni tampoco los clientes, se salieran de las normas de la casa.

El que intentaba propasarse era puesto de patitas en la calle sin miramientos, fuese cual fuese su categoría social o el dinero que tenía en el banco. La gente lo sabía y por ello acudía prácticamente en masa y todas las noches al Golden Moon.

Belle podía sentirse satisfecha de la vida, aunque había una nubecilla en su existencia, que a veces la hacía sentirse un tanto amargada. Era, sin embargo, un episodio del pasado y los recuerdos se desvanecían poco a poco. A fin de cuentas, era todavía joven y tenía muchos años por delante para disfrutar de las cosas buenas de la vida.

El local estaba a punto de cerrarse y la mayoría de los empleados se habían marchado ya. Sólo quedaba un par de camareros, que iban recogiendo las mesas. Eran casi las tres de la madrugada, y a las seis acudirían las mujeres de la limpieza a poner todo nuevamente en orden.

De pronto, uno de los empleados se acercó a Belle.

—Señora, cinco caballeros quieren hablar con usted. Están en el reservado número seis —informó.

Belle arqueó las cejas.

—Creí que se habían marchado todos los clientes —dijo.

—Por lo visto se encerraron allí hace mucho rato y dieron orden de que no se les molestara hasta que ellos avisaran. Se lo dijeron a Gerard...

Gerard era el jefe de camareros y ya se había marchado.

Seguramente, fatigado del trabajo, se había olvidado de aquellos sujetos. Belle se dispuso a acabar con ellos.

—Está bien, iré ahora mismo —decidió.

Al entrar en el reservado observó algo extraño en los clientes, aunque no supo apreciarlo en los primeros momentos. Sin embargo,

todos ellos vestían de la misma manera: traje gris, camisa blanca, sin dibujos ni rayas, y corbata azul oscuro. Las manos estaban enguantadas y los cinco sujetos formaban una especie de semicírculo en torno a la amplia mesa que había en el centro del reservado.

—Caballeros...

Belle no pudo continuar. Uno de los sujetos hizo un ademán.

—Siéntese, señora Throne —invitó—. Por favor, crea que no abrigamos intenciones hostiles contra usted, ni pretendemos causarle daños en el local. Solamente queremos comunicarle algo muy importante, en lo que, esperamos, estará de acuerdo con nosotros.

Aunque había un enigma en aquellas palabras, Belle aceptó y se sentó frente a los cinco hombres. De pronto, se dio cuenta de lo que le había extrañado en un principio.

—¡Están enmascarados! —exclamó.

—Por pura precaución, señora —respondió el que había hablado en primer término—. Si está de acuerdo con lo que le vamos a proponer, nos quitaremos las máscaras.

—¿Y si no es así?

—Nos marcharemos y usted olvidará cuanto se haya hablado en este cuarto.

—Muy bien, hablen de una vez. ¿De qué se trata?

—Señora Throne, ¿ha leído usted los periódicos?

—Sí, claro, pero por encima...

—Indudablemente conoce la noticia. Fergus Pawson murió hace dos días.

—Sí —asintió Belle—. Le pegaron un tiro en plena boca. Pero nadie sabe quién fue el asesino...

—No fue un asesinato, sino un acto de justicia, señora —intervino otro de los enmascarados.

Eran unos disfraces perfectos, pensó Belle. Incluso podrían salir por la calle y nadie lo advertiría, a menos que se fijase con gran atención.

—Bueno, dada la clase de tipo que era Pawson, sí, podría hablarse de un acto de justicia —dijo con aire intrascendente.

—Pawson había cometido tres asesinatos. Nunca se le pudieron probar, aunque todo el mundo sabía que era autor de la muerte de

tres personas inocentes —reveló el que parecía presidir la reunión—. Nosotros hicimos justicia; eso es todo.

—Ah, lo hicieron ustedes... —exclamó Belle, con la respiración en suspenso.

—Señora, hace un par de años murió un gran amigo suyo. Trataba de protegerla y un hombre le disparó cuatro balas a la puerta de este mismo local, ¿no es así?

Belle apretó los labios.

—Sé quién ordenó el asesinato, pero no puedo probarlo —contestó.

—Sin embargo, le gustaría que fuese castigado.

—Me gustaría verlo en el infierno —confesó Belle, rabiosamente.

—Puede conseguirlo, señora. Todos nosotros estamos de acuerdo en que es preciso hacer una pequeña limpieza en la ciudad. Pero, por desgracia, es un asunto caro.

«Ya, ahora me pedirán dinero y luego, si te he visto no me acuerdo», pensó ella inmediatamente.

La mano del presidente se levantó, conciliadora.

—Señora, no somos estafadores, si es eso lo que cree —advirtió—. Caso de que acepte dar su aportación al fondo común (lo que significará también la aceptación de nuestros planes), nos descubriremos las caras, para que nos conozca. En el caso de que alguno de nosotros le sea desconocido, le diremos su nombre y dirección. Ya ve, pues, que estamos dispuestos a confiar en usted.

Aquello pareció tranquilizar a Belle.

—Muy bien, hay que limpiar la ciudad... pero ¿cuánto costará?

—Seiscientos mil dólares.

Belle se quedó sin aliento.

—Cien mil por barba...

—¿Se afeita usted, señora?

Aquellas palabras parecieron relajar la tensión reinante hasta el momento. Sonaron algunas risas.

—Tiene un cutis de adolescente —elogió uno.

—No me den coba, caballeros —replicó Belle, ásperamente—. Porque cien mil «pavos»...

—Cuando murió su amigo, usted proclamó que sería capaz de dar toda su fortuna para castigar al asesino. No le pedimos tanto, sólo una parte, y cada uno de nosotros aportará una cantidad

idéntica —manifestó el presidente.

Belle reflexionó unos momentos.

—Caballeros, ¿tienen alguna lista de los tipos que ensucian la ciudad?

El presidente le pasó el papel. Belle leyó unos cuantos nombres y vio uno que hizo brillar sus ojos.

—De acuerdo, acepto —declaró.

—La discreción será la norma en nuestro círculo —anunció el presidente—. Pero usted, por supuesto, va a conocernos ahora mismo, aunque luego saldremos enmascarados, por razones fáciles de comprender.

—Si queda algún empleado, yo lo retiraré, para que no les vea —prometió Belle.

Cinco rostros quedaron al descubierto momentos después. Belle los contempló uno a uno y, al terminar la exploración visual, lanzó una breve exclamación:

—¡Jesús...!

Mientras Belle miraba la cara de los cinco hombres, hubo un breve silencio. Luego, el presidente expuso:

—Señora Throne, esas personas cuyos nombres ha leído usted, han estado jugando con la vida de decenas de seres humanos de esta ciudad. Pero quiero que comprenda que esto no es un juego, sino algo mucho más serio. Ha decidido formar parte de nuestro grupo y estará unida a nosotros hasta el fin.

—De acuerdo. —Belle apretó los labios—. No, no eran juegos precisamente lo que practicaban esos miserables —añadió.

De pronto se puso en pie.

—Confíen en mi absoluta discreción. Ni con tenazas al rojo vivo me sacarían lo que he visto y oído aquí esta noche. Cúbranse los rostros, caballeros; voy a despejar el camino para que nadie les vea salir.

Sentíase extrañamente contenta. Sabía que lo que iban a hacer era algo ilegal, pero la categoría de los cinco hombres con los que se había aliado la pondría a cubierto de cualquier contratiempo.

Y ello, además, la permitiría vengarse del canalla que tan cruelmente le había arrebatado al hombre a quien más había amado en este mundo.

CAPÍTULO II

El agente Felan estaba al borde de la acera, cuando, de pronto, vio a una venerable ancianita que se paraba a su lado. Cortés, porque era su obligación y además lo era él por naturaleza, la asió suavemente de un brazo y, deteniendo la circulación con el otro, la hizo pasar al otro lado de la calle.

La anciana le agradeció el gesto a paraguazo limpio.

—Yo no quería pasar aquí, estúpido. Sólo me había detenido un momento para ver la hora en el reloj de la torre del Ayuntamiento...

A poca distancia, una hermosa muchacha contemplaba la escena y se desternillaba de risa. Felan, avergonzado, se dispuso a repetir la maniobra en sentido contrario. La anciana llevaba un traje ridículamente largo y, sin darse cuenta de ello, le pisó la falda. Cuando ella echó a andar, el vestido se desgarró con un ruido que a Felan le pareció terrorífico.

El furor de la vieja alcanzó límites indescriptibles. La chica se acercó y se la llevó, tratando de calmarla con palabras afectuosas, mientras sujetaba con una mano la falda rasgada.

Felan quedó en el mismo sitio, rojo como una guinda, sin saber qué hacer. De pronto vio un coche policial que se detenía junto a la acera.

El rubicundo rostro del sargento Markus asomó por la ventanilla.

—Suba, Felan —ordenó—. El jefe le llama.

Felan se quedó como si viera visiones.

—¿El jefe? ¿Qué quiere de mí? Ah, ya me lo supongo; va a expulsarme...

—Eso es lo que haría yo, si estuviera en su puesto. Pero, por

desgracia para mí, sólo soy un simple sargento, que un buen día tuvo la desgracia de cargar con el agente más inepto e inútil que he conocido en mis veinte años de servicio. ¡Vamos, suba o le ataré por un tobillo al parachoques trasero y lo llevaré a rastras...!

El joven, porque Felan lo era, ya que acababa de cumplir los veintiocho años, se coló de cabeza en el automóvil. Durante todo el trayecto el sargento Markus no dejó de proferir pullas, mezcladas con invectivas, contra el policía que llevaba a su lado.

Felan aguantó el chaparrón estoicamente. El sargento calló al fin, tanto porque habían llegado a su destino, como porque se había quedado sin aliento. Luego, el agente subió al primer piso, donde el comisario jefe tenía su despacho, y se dispuso a aguardar en la antesala.

Esperó media hora. Al fin, una secretaria le hizo pasar. Herbert Willebrandt le recibió, mirándole con ojos de fuego, que brillaban bajo dos cejas sumamente parecidas a cepillos para el calzado.

—Creí que no tendría que volver a verle más en los días de mi vida, pero estaba engañado, agente Felan —le espetó disparando la primera andanada—. Durante una temporada fue usted mi cruz y una carga pesada que tuve que soportar como pude, hasta que, para salvar mi vida del infarto, decidí enviarlo de uniforme a las calles. Usted sabe bien los motivos, ¿verdad?

—Sí, señor —contestó el joven, muy rígido, en pie frente a la mesa de su jefe.

—Hizo fracasar miserablemente el caso Arpad y, además, cubrió de ridículo al departamento...

—Pero, señor, yo siempre dije que Arpad era culpable. Lo que sucede es que no me permitió la última investigación...

—Valerius Arpad se quejó al alcalde y por poco me cuesta a mí el puesto. Nuestras investigaciones posteriores probaron, sin lugar a dudas, que era inocente. Y no hablemos ya más de ese maldito asunto, porque estoy cuidando mi úlcera y sólo de verle a usted me aumenta la dosis de ácido clorhídrico en el estómago. Siéntese, maldita sea, y atienda.

—Sí, señor.

Felan se sentó, pero no había ninguna silla detrás de él. Willebrandt se puso una mano delante de los ojos.

—Señor, Señor, cuánta paciencia es necesaria en este mundo...

El joven se incorporó, trajo una silla y se sentó frente a la mesa, procurando mantener la expresión impasible. Al cabo de unos momentos, Willebrandt, recobrado, señaló una gruesa carpeta que tenía encima de la mesa.

—Ahí tiene toda la documentación necesaria —dijo—. ¿Ha oído hablar usted de los cuatro asesinatos cometidos en esta ciudad, cuyas víctimas han sido personas de cierto relieve?

—Sí, señor.

—Se teme que la racha continúe. No se sabe quién es el asesino, pero sí se sabe que elige a sus víctimas con sumo cuidado, y que no falla. Sospechamos que se trata de alguien que quiere tomarse la justicia por su mano. Eso es algo que no se puede consentir en un país civilizado.

—Estoy de acuerdo con usted, señor.

—Por tanto, usted se encargará de la investigación. Nosotros recopilaremos informes y se los pasaremos, pero será usted quien lleve el peso del asunto, con entera libertad. Carta blanca, para que lo entienda.

—Gracias, señor.

El jefe se puso en pie, apartó la carpeta a un lado y, separando otras, buscó unos papeles que había sobre la mesa. Encontró un documento, lo leyó un instante y luego lo guardó en un bolsillo.

—Detenga al asesino, Felan —dijo con voz que más parecía una orden que un ruego—. Consígalo y olvidaremos todo lo desagradable del caso Arpad.

Felan no quiso hacer ningún comentario. Una mano invisible le había apartado del caso, cuando lo tenía casi resuelto, y ello le había costado pasar de la división de detectives a simple guardia de uniforme. Aún le parecía un prodigio no haber sido expulsado del cuerpo.

—En la carpeta tiene usted todos los informes necesarios. Estúdielos a fondo y empiece a actuar —ordenó Willebrandt como final de su discurso.

Felan agarró la carpeta y salió del despacho. En la antesala la abrió para empezar a hojear los documentos, pero lo que había allí no tenía ninguna relación con los cuatro asesinatos.

Se puso colorado. Dio media vuelta y, sin llamar, entró de nuevo en el despacho.

El jefe hablaba por teléfono con alguien.

—Sí, es el mejor que podíamos encontrar. Con él estaremos tranquilos, se lo aseguro...

Felan se había parado frente a la mesa. Willebrandt le miró atónito.

—¿Qué hace usted aquí? ¿No le dije que se marchase?

Sin pronunciar una sola palabra, Felan puso la carpeta abierta encima de la mesa. Estaba llena de fotografías pornográficas de grandes dimensiones.

El congestionado rostro del jefe pareció a punto de estallar. Cerró la carpeta de un manotazo y agarró otra que tiró a Felan con todas sus fuerzas.

—Todavía no ha salido de aquí y ya ha empezado a meter la pata —vociferó—. ¡Salga inmediatamente o será la causa de mi muerte!

Felan, hasta cierto punto, era hombre pacífico. Por dicha razón no le quiso decir al jefe que era él mismo quien había trastocado las carpetas, al buscar el papel que luego se guardó en un bolsillo.

—Buenos días, señor —se despidió cortésmente.

* * *

La mujer tardaba en regresar. Felan ahogó un bostezo.

Estaba cansado. Sabía que la persona a quien quería ver se hallaba en la ciudad, pero ignoraba cuándo volvería a su casa. Sin embargo, quería hablar con la mujer aquella misma noche, ya que lo estimaba indispensable para sus investigaciones.

Para mejor pasar inadvertido, había dejado su coche a dos manzanas de distancia. Pero, aunque estaba en una avenida amplia y con muchos árboles, no había siquiera un banco en el que sentarse para descansar.

Lo solucionó sentándose en el maletero de un coche deportivo que tenía puesta la capota y que se hallaba situado casi frente a la casa que vigilaba. Al cabo de un rato se ladeó un poco a la izquierda, apoyó el codo en la capota y puso la mejilla en la mano.

El coche arrancó diez minutos más tarde. Felan se enteró de ello cuando el vehículo había alcanzado ya una velocidad peligrosa para poder tirarse en marcha. Aterrado, se agarró lo mejor que pudo a la

capota y aguardó a que el automóvil se detuviera en algún semáforo.

Pero no había ningún semáforo en el trayecto. El coche se detuvo poco más tarde ante una verja que empezó a deslizarse silenciosamente a un lado, después de que los faros del coche hubieran activado la célula fotoeléctrica que ponía en funcionamiento el mecanismo de apertura. Felan saltó al suelo inmediatamente.

El coche se balanceó, y su conductor lo notó y se apeó inmediatamente.

—Eh, oiga, ¿qué hacía usted sentado en mi coche? —protestó una mujer.

—Disculpe, señora... Me quedé dormido...

—¡Se quedó dormido! —repitió ella, estupefacta—. ¿Espera que me crea ese cuento?

Felan no sabía qué hacer.

—Pues... le aseguro que es absolutamente cierto... se... señorita... ¿Está casada? Créame que no me guiaba ningún fin turbio.

De pronto, ella alargó un poco el cuello y le escrutó con gran atención.

—Oiga, me parece que le conozco... ¿No es usted el policía que pisó la falda de la vieja que no quería pasar al otro lado de la calle?

—Sí, el mismo. Ah, usted es la muchacha que la socorrió, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—Sí, soy yo —confirmó—. Pero ahora viste de paisano. ¿Es que le han echado de la policía?

—Oh, no, en absoluto; me han pasado a la división de detectives. Estoy encargado de un caso particularmente difícil y... Bueno, me encontraba muy cansado después de varias horas de espera inútil y, como no había ningún banco en las inmediaciones, me senté en su coche. Debí de quedarme dormido, porque desperté cuando ya se movía y corría demasiado para tirarme en marcha...

Ella lanzó una fresca carcajada.

—Tiene muchísima gracia —ponderó—. Bueno, lo siento infinito, pero comprenderá que no es mía la culpa.

—Oh, no, en absoluto. Le ruego me disculpe y ahora perdóneme

por las molestias que le he ocasionado... Tengo que volver allí y...

—¡Aguarde un momento! —exclamó la joven—. Aunque no me siento culpable, usted tiene que volver a su puesto... de caza y está un poco lejos. ¿Me permite que le lleve en mi coche?

—No quisiera causarle más problemas...

—Vamos, hombre, no sea remilgado. Entre de una vez.

Felan agradeció íntimamente el gesto de la muchacha y se sentó a su lado. Ella dio marcha atrás y volvió a la calle.

—Ah, por cierto, me llamo Nellie Dowick —manifestó.

—Mi nombre es Felan, Buck, como me llaman todos, pero no me gusta mucho. El nombre verdadero es Anthony.

—Tony me gusta más —declaró ella, desenvueltamente—. ¿Sabes?, aquella anciana es de la familia.

—¿Familiar suyo, señorita?

—Una tía abuela segunda, a la que vemos muy poco, porque tiene un carácter raro y un mal genio realmente insoportable. A mí me tolera un poco más que al resto de los parientes. Será porque nunca ando revoloteando a su alrededor para que me nombre en su testamento. Pero, de todos modos, las entrevistas no resultan nunca demasiado agradables.

—Lo siento, señorita Dowick.

—Bah, no te preocupes, Tony. En realidad, yo me divertí muchísimo. Y, en el fondo, me alegré de lo que le pasó. Oye, ¿es muy grave el caso en el que estás trabajando?

—Cuatro asesinatos.

—¡Qué horror...! —Se espantó Nellie—. Y ¿quién es el criminal? Bueno, vaya pregunta necia; si no lo has detenido, ¿cómo lo vas a saber?

—Ahí está el problema, que ignoramos su identidad por completo. Esta noche pensaba conseguir algún dato... y quizá todavía pueda conseguir algo positivo.

—Me alegraré de que todo resulte bien y que atrapes al asesino, Tony.

—Gracias, señorita Dowick.

—Te olvidas de mi nombre —sonrió ella.

—Oh, sí, Nellie... Por favor, creo que ya estamos llegando.

—Es verdad. Arrimaré el coche a la acera. Nos veremos otro día, supongo, ¿eh, Tony?

—Bien, yo...

El coche se había detenido ya. Felan observó que la casa que había estado vigilando antes se hallaba ahora brillantemente iluminada.

—Bueno, ya ha llegado la persona a la que voy a interrogar —comentó, abriendo la portezuela del coche. Una vez fuera, se inclinó hacia la muchacha—. Gracias por todo, Nellie.

—Ha sido un placer, Tony.

Felan quedó un momento en la acera, hasta que vio desaparecer las luces rojas de cola del automóvil. Luego, sacando el pecho, echó a andar hacia la casa.

* * *

Lena Pawson se inclinó para llenar dos copas, una de las cuales entregó a su visitante.

—De modo que viene usted para hablarme de la muerte de mi esposo —resumió—. ¿Es que en la policía no tienen bastante con lo que declararé hace un par de semanas?

Los ojos de la mujer brillaban fieramente. Felan le calculó treinta y cinco años y apreció que era verdaderamente hermosa.

—Sí, señora, pero yo soy un investigador especial... En fin, si le molesta, me iré...

—No tenga prisa, muchacho —cortó ella, a la vez que se sentaba en el brazo de un sillón y cruzaba las piernas. La falda era corta y muy ajustada, y la tela se tensó, señalando provocativamente los muslos rotundos y las opulentas caderas—. ¿Qué más quiere que le diga? —añadió sonriendo.

«Para haberse quedado viuda hace dos semanas, no parece muy afligida», pensó Felan.

Pero, claro, el difunto había dejado una bonita herencia, además de un suculento seguro de vida, valorado en trescientos mil dólares. Lena Pawson tenía motivos suficientes para consolarse de la pérdida de su esposo.

—Bueno... Lo que usted pueda saber...

Ella entornó los ojos.

—Saber, saber... Sólo son sospechas, pero creo que sería una buena pista...

—¿Sí, señora? —preguntó Felan, ansiosamente.

—Hay una persona que... Bueno, es una mujer y tenía un fulano. Lo asesinaron a la puerta del local que ella posee... Esa mujer sostuvo siempre la teoría de que fue mi esposo quien ordenó la muerte de aquel hombre, y dijo en más de una ocasión que algún día procuraría vengarse... No lo mencioné a la policía cuando me interrogaron, porque no lo creí interesante...

—El menor dato, por insignificante que parezca, es siempre interesante, señora Dawson —pontificó el joven.

Felan apenas si había probado el licor de su copa, que dejó sobre una mesita contigua al diván en que se sentaba. Fue a cogerla de nuevo, pero lo hizo mal y derribó la copa.

El licor manchó la alfombra. Felan, aturdido, sacó un pañuelo y se inclinó para limpiar la mancha. Entonces, sus ojos vieron algo que había bajo la mesita.

—Oh, qué torpe soy... —empezó a decir.

Se calló bruscamente. Lena se había arrodillado a su lado y acercaba mucho el busto a su rostro.

—No tiene importancia, muchacho —musitó ella, ardorosamente.

Felan se puso un dedo en los labios y Lena le miró asombrada. El joven se puso en pie.

—Bien, señora, dispénseme, pero tengo que marcharme... —exclamó con voz sonora.

Lena pareció sentirse defraudada. En la puerta, Felan, en tono muy bajo, dijo:

—Tiene un «chivato» bajo la mesita. Han estado oyendo todo lo que hablábamos. Voy a salir y usted apagará las luces. Luego entraré por la puerta trasera. Presiento que va a tener una visita muy poco agradable esta noche.

Los ojos de la señora Pawson expresaron temor, pero hizo un gesto de asentimiento, para dar a entender que había comprendido lo que le decía el agente.

—Compórtese con naturalidad al desvestirse —aconsejó él, antes de abrir la puerta.

CAPÍTULO III

Sentado en la oscuridad, Felan aguardaba pacientemente.

De pronto, sintió que alguien se le acercaba por detrás. Una oleada de perfume invadió su pituitaria.

Los brazos de Lena rodearon su cuello. Felan sintió la calidez de los senos femeninos, apenas velados por el camisón.

—¿Por qué aguardar aquí? —sugirió ella con cálido acento—. Son ya más de las tres de la madrugada y tengo un cuarto de huéspedes...

—En otro momento, señora. Hoy no... no me siento con ánimo de...

—Yo te los daré, encanto —susurró ella, a la vez que le mordisqueaba en una oreja. De pronto, pasó delante, se sentó en las rodillas y se bajó el camisón hasta la cintura—. No se ven, pero se notan, supongo —rió.

Felan empezó a sofocarse. «El difunto debía de vivir tan ricamente, sin mirarse al espejo, porque entonces, se habría visto unos cuernos...», pensó inevitablemente.

Pero la tentación era muy fuerte y Felan notó que iba a ser derrotado. De repente, los faros de un coche relucieron en la solitaria avenida.

—Apártate —ordenó.

Lena se irguió en el acto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tal vez sea sólo una casualidad, pero... Ve al cuarto de huéspedes y aguárdame allí.

—Si sólo es una casualidad, no tardes mucho, encanto —rogó ella.

Felan asintió en silencio. Luego procuró situarse en el rincón

más oscuro de la estancia. Estaba en el dormitorio de la dueña de la casa, una pieza muy amplia y elegantemente decorada. A través de la ventana, entraba el débil resplandor de un lejano farol.

La ventana estaba abierta por el buen tiempo. Una oscura silueta se recortó en aquel cuadrado más iluminado.

El hombre pasó primero una pierna y luego la otra. Lentamente, se acercó a la cama. Llevaba una pistola en la mano y, de súbito, apretó el gatillo.

Hizo tres disparos y no se produjo apenas ningún sonido, porque el arma tenía un silenciador. Entonces fue cuando Felan conminó:

—¡Policía, alto! ¡Levante las manos y tire el arma!

La sorpresa del asesino fue total, pero, sin embargo, reaccionó con sorprendente rapidez y disparó varias veces contra el lugar de donde procedía la intimidación.

Felan, precavido, se había echado a un lado. Llevaba su revólver de reglamento, un Magnum 357, con cañón de dos pulgadas, y envió un par de balas hacia el sujeto.

Se oyó un corto grito. Los brazos del hombre se agitaron convulsivamente. Luego se desplomó al suelo con sordo estruendo.

En la habitación de huéspedes, Lena empezó a chillar desesperadamente.

* * *

Salió de la ducha, tarareando una cancioncilla entre dientes y, con la toalla enrollada en el cuello, se encaminó hacia la cocina. En aquel instante, sonó el timbre de la puerta.

Felan se desvió de su ruta y fue a abrir. La atractiva figura de Nellie Dowick apareció inmediatamente ante sus ojos.

—¡Tony! Cuánto me alegro de verte —exclamó la muchacha—. Estás bien, supongo.

—Bueno, acabo de levantarme de la cama e iba a prepararme el desayuno.

—¿Desayuno? Pero si son las siete de la tarde —se asombró Nellie.

—Es que pasé la noche en vela y me acosté después de mediodía —sonrió el joven—. ¿No quieres entrar?

—Gracias, Tony. Oye, he leído los periódicos. Fue toda una

hazaña. Conseguiste eliminar al autor de los cuatro asesinatos. Le preparaste una encerrona y el hombre cayó en la trampa.

—Bueno, resultó relativamente fácil... Espera, estoy muerto de hambre... ¿Me acompañas a la cocina?

—Claro, hombre. Por cierto, la tía abuela segunda Emily quería presentar una demanda contra ti.

—¿Demandarme? —se extrañó el joven—. ¿Por qué? No le he causado ningún daño, me parece.

—Le rompiste un vestido. Quería que le pagases los daños, pero he conseguido persuadirla de que deje el caso. Recibió un ramo de flores con tu nombre y eso lo suavizó bastante.

—Y lo enviaste tú —adivinó Felan.

—Me pareció lo mejor. Ella es muy miope, yo disfracé la letra de la tarjeta... —Nellie rió alegremente—. ¿Tienes desayuno para dos, Tony?

—Desde luego. Siéntate y comeremos algo, aunque sea de lata.

—De acuerdo, pero tienes que contarme cómo se te ocurrió la trampa para cazar al asesino.

Felan arrimó una sartén al fuego.

—Casualmente, descubrí que ella tenía un «chivato» de radio. Alguien controlaba sus visitas, sus conversaciones... Estaba seguro de que habían oído lo que hablábamos y decidí esperar, por si ocurría algo. Para estar seguro de que atrapaba al asesino, preparé su cama con bultos de ropa, de modo que pareciera había una persona dormida. Si el intruso disparaba, era el asesino.

—Y así sucedió —comentó Nellie con ojos muy brillantes—. Una magnífica idea. Tony.

—Pero el hombre murió —declaró él, apesadumbrado.

—¿Lo sientes?

—No es agradable, aunque, a fin de cuentas, defendía mi vida. Pero me habría gustado que siguiera vivo.

—Mató a cuatro personas, iba a por la quinta y ha recibido su merecido. No lo lamentes. Tony.

Felan apretó los labios.

—Era un asalariado. Alguien lo envió, Nellie.

—Ah... Y tú quieres descubrir...

—Yo cometí un error en cierto caso... Bueno, para mí no lo fue, pero otros lo estimaron así. A mí me castigaron, como cabeza

visible, pero el descrédito recayó sobre el Departamento de Policía. En este caso, se sabía quién era el culpable: yo; y quién me empleaba. ¿Lo entiendes ahora?

—Si —convino la muchacha—. El muerto trabajaba para alguien desconocido. Se conoce su identidad, pero no la de la persona que le ordenó asesinar a la señora Pawson.

—Exacto. Y tampoco se sabe por qué.

—Tú te propones averiguarlo, ¿no es así?

—En efecto.

Felan calló y Nellie comprendió que él no quería seguir hablando del tema, por lo que desistió de hacerle más preguntas sobre el particular.

—¿Cómo has encontrado mi casa? —inquirió Felan, súbitamente.

—Tienes tu nombre en la guía telefónica —explicó ella.

—Es verdad... Bueno, el desayuno estará listo dentro de un par de minutos. Chuletas, patatas, verduras al vapor... Perdona, pero no te he ofrecido ningún aperitivo...

Nellie se levantó vivamente.

—Perdóname tú a mí. Estoy aquí, charlando como una tonta, y ni siquiera te he ayudado a poner la mesa —exclamó.

A las diez de la noche, se separaron.

—Te llamaré mañana, Tony —prometió la muchacha.

—Cuando quieras, Nellie.

Felan ya se había dado cuenta de la clase de persona que era Nellie. Bastaba ver la lujosa mansión en la que residía, para saber que era de una categoría social muy elevada. Además, conocía el apellido sobradamente, aunque era la primera vez que se relacionaba con un miembro de la familia Dowick. No se hacía ilusiones; era una muchacha rica, ociosa, que había encontrado en él un motivo de distracción, una forma de combatir su aburrimiento habitual.

—Un día se cansará y dejará de verme... —murmuró, mientras regresaba a su coche.

* * *

Entró en el Golden Moon poco después de las doce de la noche.

Había aún bastante animación en el local, y aguardó a que se despejara un poco. Una atractiva camarera se le acercó para preguntarle si quería tomar algo más.

—Deseo hablar con la señora Throne —manifestó.

—Bien, señor; iré a decírselo ahora mismo. Su nombre, ¿por favor?

—Felan.

Momentos después, la camarera regresó y le miró a los ojos.

—Ella le aguarda en su despacho privado, señor Felan.

—Gracias.

El joven puso un par de dólares en la mano de la camarera. Ella lo agradeció con una sonrisa y una ligera genuflexión. Luego echó a andar por delante de él.

De repente, un hombre se cruzó en el camino de los dos. Desvergonzadamente, alzó una mano y pellizcó uno de los senos de la camarera.

Ella gritó. Felan dio un paso hacia adelante.

—Eso no se hace, amigo. Es una grosería —recriminó.

El otro le miró burlonamente.

—Yo pellizco donde quiero y cuando me apetece —contestó.

Y trató de repetir la operación, en el momento en que otra camarera pasaba junto a Felan, con una bandeja cargada de copas.

Felan le arrebató la bandeja. Las copas salieron volando por los aires mientras la bandeja se abatía sobre la frente del provocador.

El hombre se desplomó aullando. Otro sujeto se arrojó contra Felan y le arreó un puñetazo que le hizo volar por los aires, hasta caer sobre una mesa, que se rompió con gran estrépito bajo su peso.

Aunque aturdido, Felan no había perdido el conocimiento y se levantó rápidamente. El segundo atacante intentó repetir el golpe. Felan esquivó esta vez y clavó un puño en su estómago.

El hombre se dobló sobre sí mismo. Felan lo enderezó de un derechazo al mentón que le hizo retroceder hasta chocar contra un cliente. Éste empujó al sujeto, quien se revolvió furioso, para golpear al cliente.

Alguien atacó a Felan. En unos segundos, se había formado un terrible pandemónium. Las copas y las botellas volaban por los aires, mientras las mujeres trataban de huir, chillando aterrorizadas.

Felan dio y recibió un par de golpes más. De pronto, vio a una

mujer situada en el umbral de una puerta que había al fondo.

Era una hermosa pelirroja, de cuerpo opulento, pero lo que más llamó su atención fue que no parecía en modo alguno asustada por lo que estaba sucediendo en el local.

Al contrario, daba la sensación de estar disfrutando con las peleas que se producían por todas partes. Felan se distrajo un segundo, pero fue suficiente para que actuara el sujeto que había recibido en la cabeza el golpe de la bandeja.

Miles de estrellas aparecieron de inmediato ante los ojos del detective, pero se apagaron casi en el acto. Aunque rompió otra mesa con su cuerpo, ya no se enteró de lo que sucedía a su alrededor.

CAPÍTULO IV

El sargento Markus abrió la puerta de la celda y miró severamente al hombre que se levantaba del camastro carcelario.

—Salga, alcaloide de la ineptitud, rey de los desastres, campeón de los fracasos —le apostrofó duramente—. El jefe quiere verle y acabo de llevarle una buena sogá para que le cuelgue del techo de su despacho. Sólo así nos libramos del ser más inútil y despreciable que jamás figuró en la nómina del departamento de policía.

Felan caminó lentamente hacia la puerta. Tenía un ojo cerrado y la mandíbula hinchada, y miró a Markus con el ojo sano.

De pronto, se le ocurrió una idea.

Los callos del sargento eran famosos. Algunos malintencionados decían que la mitad de su sueldo se le iba en pedicuros. Felan pasó por delante de él y, fingiendo no darse cuenta, pisó el pie izquierdo de Markus con todas sus fuerzas.

Aquel pie era el más sensible. El aullido de Markus hizo que todos los presos corrieran a las rejas. Felan se disculpó como pudo y luego, simulando más torpeza, se apoyó en el sargento como si fuese a caer.

El que cayó era Markus, porque se sostenía con un solo pie. Felan dio media vuelta y se marchó, tapándose las orejas, para no escuchar las terribles invectivas que le dirigía el sargento.

En la puerta se volvió. Markus, sentado en el suelo, se agarraba el pie con ambas manos.

—Dígale al jefe que iré cuando me haya arreglado —exclamó Felan—. No puedo entrar en su despacho con este aspecto. Parece que volviese del frente.

Las ropas estaban desgarradas y sucias. Le dolía la mandíbula y

el ojo le escocía fuertemente.

Al llegar a su casa, preparó el baño y se metió dentro. El agua caliente le relajó y se durmió profundamente dentro de la bañera.

Despertó cuando alguien le tocó suavemente en el hombro.

—Eh, dormilón...

Felan abrió el ojo sano. Nellie, en pie junto a la bañera, le miraba sonriendo dulcemente. —Tienes un aspecto desastroso— observó la muchacha.

—No me lo jures —rezongó él—. Pero ¿cómo diablos has entrado...?

—Llamé, no contestabas, probé a abrir... No cerraste con llave, eso es todo.

El joven asintió.

—Me dieron una buena paliza y, por si fuese poco, he pasado la noche en el calabozo. Preveo que voy a tener que inscribirme en una oficina del paro —dijo lúgubrementes. Nellie se echó a reír.

—No seas tan pesimista —contestó—. Un hombre tiene derecho a expansionarse un poco... si es soltero, claro. Anda, sal del baño; cuando estés listo, tendré preparado algo de café. ¿Quieres algo más?

—Tengo la mandíbula convertida en virutas y no podría masticar un bollo recién hecho —se quejó Felan—. Café será suficiente, gracias.

Nellie se marchó. Felan salió del baño, se secó y luego se puso una camisa y unos pantalones. Así ataviado, llegó a la cocina, en donde ella le entregó una taza humeante. —Repíte si te apetece— sonrió.

Felan añadió un par de aspirinas a la infusión.

—Empiezo a sentirme mejor —manifestó—. ¿Han dicho algo los periódicos?

—No te favorecen, precisamente. Hablan de un policía que provocó un fenomenal escándalo en el Golden Moon, con notables daños materiales, aparte de las lesiones que causó a un par de individuos que trataban de calmar sus ímpetus agresivos. Debiste armar una buena, ¿verdad?

—Fue una encerrona. Alguien me provocó. Tuve que defenderme... y luego... Bueno, era como sacar cerezas de un cesto. Tiras de una, te llevas la mitad... Pareció como si todo el mundo

tuviera ganas de pelea. Alguien me golpeó de firme y perdí el conocimiento. Ya no recuerdo más, hasta despertarme en el calabozo.

—De modo que fue una encerrona, ¿eh? ¿Quién la preparó?

—Presumiblemente, la persona a la que iba a ver, es decir, la dueña del local. Pero no comprendo por qué tenía que hacer una cosa semejante, si ella es una de las perjudicadas. Su amigo fue acribillado a la puerta del Golden Moon y sé que está ardiendo en deseos de vengarse.

—¿Por medio de la policía? —se asombró Nellie.

—Bien, quise decir que quiere encontrarlo y que se le castigue con arreglo a la ley. Entonces, ¿por qué obstaculizar mi tarea?

—No lo entiendo, ciertamente. A menos que ella trate de conseguirlo por su cuenta, sin intervención de la policía.

—Es posible, pero, de todos modos, pienso verla, aunque ella no quiera. —Felan suspiró—. Y aún me aguarda lo peor —agregó en tono pesimista.

—¿Algo peor? —repitió Nellie.

—El jefe quiere verme. Presiento que me va a poner verde y gracias daré si no me exige que dimita.

—Hombre, no es para tanto...

—Tú no lo conoces bien, Nellie. Me tiene antipatía, con algo de razón, desde luego, aunque no es como para odiarme, según parece. Mira, yo entré en la policía porque me gustaba, en parte, y también porque un abogado joven, recién graduado y sin relaciones, no tiene muchas salidas y me veía abocado al paro. Pero me habría gustado progresar aquí y presiento que eso no va a poder ser.

Felan se tomó otra taza de café y luego ensayó una sonrisa de circunstancias.

—Bien, es hora de enfrentarse con el dragón. No tiene secuestrada a ninguna doncella, pero es preciso ir a su guarida.

Nellie sonrió suavemente.

—Te llevaré en mi coche —se ofreció.

—Acepto encantado —contestó él. Miró la hora en su reloj—. No creo que la entrevista dure demasiado. ¿Permites que te invite luego a cenar?

—Claro que sí, Tony —accedió ella.

—¡Es usted el ser más inútil e inepto que haya nacido del vientre de una mujer! —chilló el jefe Willebrandt, apenas tuvo frente a sí al agente Felan—. Cada paso que da es una catástrofe, y todavía no puedo acostumbrarme a la idea de que en la ciudad estén los edificios en su sitio. Según todas las apariencias, tendrían que estar convertidos en escombros...

Willebrandt habló hasta perder el aliento y Felan le escuchó sin pestañear. Cuando el jefe se detuvo, Felan tomó la palabra:

—La señora Pawson me indicó que cierta persona podría proporcionarme informes. Fui a verla y alguien me provocó deliberadamente. Me refiero a uno de los matones de la señora Throne, señor.

—¿Quiere decir que Belle Throne le preparó la trampa, para que usted le destrozara el local y causara daños por valor de casi dos mil dólares? —vociferó Willebrandt.

—No tengo pruebas, señor, pero sospecho muy fundadamente que es así, como le digo.

—Escuche, pedazo de mulo bípodo: Belle Throne es una gran amiga mía y no tolero que usted levante calumnias hacia ella. Todos los testimonios que poseo coinciden en lo mismo: Usted llegó allí borracho y empezó a molestar a una de las chicas. Entonces, los que cuidan del orden trataron de evitar que usted siguiera con su injustificable actitud y así fue cómo empezó todo. ¿Lo ha entendido?

Felan tenía la boca abierta.

—Dicen que yo llegué embriagado al Golden Moon...

—¡Sí! —rugió Willebrandt—. También lo asegura la misma camarera a la que usted acarició obscenamente delante de todo el mundo. A quién debo creer, ¿eh?

El joven apretó los labios. Luego, lentamente, sacó la pistola, la placa y la tarjeta y depositó todo sobre la mesa.

—No puedo seguir en el cuerpo, señor —decidió.

Willebrandt le miró fijamente.

—¿Se ha vuelto loco? Guarde eso otra vez, estúpido. Quiero que siga con el caso, ¿me entiende? Y no se preocupe por los gastos de reparación del local; la dueña me ha dicho que renuncia a toda

indemnización. Los hombres a quienes usted golpeó no han presentado denuncia. De modo que todo sigue igual, ¿comprende?

—Pero, señor, yo no estaba borracho...

—Felan, un hombre tiene derecho de cuando en cuando a ciertas expansiones —expuso el jefe, más conciliador—. Pero, por Dios, modérese, piense en lo que está haciendo y lo que representa... Se me ha quedado la garganta seca —añadió bruscamente.

—Espere, yo le serviré...

—¡No! Sería capaz de... Bien, no sé de qué, pero prefiero servirme yo mismo.

—Sí, señor.

Willebrandt se puso en pie y atravesó el despacho. Felan empezó a recoger sus cosas. De pronto, la tarjeta de identidad se le escapó de las manos, resbaló sobre la mesa y cayó al otro lado.

Lanzando un gruñido de enojo, dio la vuelta a la mesa. La tarjeta había caído bajo el sillón de Willebrandt, provisto de patas con ruedas, Felan lo apartó para recobrar el documento.

De pronto, sonó un agudo grito.

Un vaso lleno voló por los aires. El jefe se sentó pesadamente en el suelo, vomitando atroces imprecaciones. Felan estaba agachado y quiso levantarse precipitadamente, pero Willebrandt lo hacía en el mismo momento.

La cabeza del joven chocó contra el voluminoso trasero del jefe, quien salió catapultado violentamente. Willebrandt no pudo controlarse y se estrelló contra la mesita de servicio de licores, que se volcó aparatosamente, con terrible fragor de vidrios rotos.

Felan ya no quiso seguir y escapó a la carrera. Al abrir, vio a la secretaria en pie. El ruido había trascendido al exterior y la mujer parecía aterrada.

Entonces, quiso tomar una pequeña venganza por los insultos recibidos.

—¡El jefe se ha vuelto loco! ¡Avise a un médico, a los enfermeros, las ambulancias...!

La secretaria lanzó un chillido de pánico. Felan continuó su carrera y sólo recobró la compostura al hallarse a suficiente distancia de Willebrandt.

Cuando estuvo junto a Nellie, en el coche, ella le miró inquisitivamente.

—¿Qué tal ha ido la cosa, Tony?

—Fatal —respondió el joven—. Pero sigo en el caso. Y esto es lo que más me importa por el momento.

—Entonces, vamos a cenar para celebrarlo —propuso ella alegremente.

—Será la cena del indulto del condenado a muerte —rió Felan.

* * *

Decidió batir el hierro todavía en caliente y aquella misma noche, después de separarse de Nellie, acudió al Golden Moon. La misma camarera que le había atendido la noche anterior le reconoció y le dirigió una mirada de simpatía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Annie... Annie Martin.

—Bien, Annie, te espero a la salida. ¿A qué hora acabas?

Ella consultó su reloj de pulsera.

—Una hora más —sonrió.

—O. K., nena. Ahora, dime dónde tiene la dueña su despacho. Iré sin avisarla.

—Sígame, se lo ruego, señor...

—Llámame Tony, muñeca.

—Como quieras... pero dejaremos el tratamiento corriente para después. Aquí, todavía, eres un cliente.

Annie le dejó junto a la puerta, que Felan abrió desenvueltamente. Belle Throne no se dio cuenta de que tenía un visitante, hasta que notó la presencia de un hombre que se sentaba en un ángulo de la mesa.

—Hola, preciosa.

Belle alzó los ojos.

—Ah, es usted, el hombre que casi me destrozó el local y golpeó fieramente a dos de mis empleados —dijo fríamente.

—El mismo, hermosa. Quería hablar contigo, pero un estúpido me lo impidió... deliberadamente.

—Usted le provocó...

—Ese miserable estaba pellizcando a una de tus chicas. Tus empleados no hicieron nada por impedirlo. Al contrario, parecía divertirles mucho. Cuando yo traté de evitar que siguiera

cometiendo groserías, se me echaron encima como una manada de rinocerontes locos. ¿Querías que me estuviera quieto?

Belle se echó hacia atrás en su sillón.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—Todavía no me has preguntado cómo me llamo.

—Tuve ocasión de enterarme de tu nombre, no te preocupes por esa minucia. ¿En qué puedo servirte?

—Valerius Arpad fue asesinado a la puerta de tu local. ¿Te acuerdas de él?

Los ojos de Belle despidieron fulgores de ira. Su pecho opulento se agitó tempestuosamente.

—Daría algo bueno por atrapar al tipo que lo mató —aseguró.

—Bien, quizá yo lo consiga... con tu ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

—La señora Pawson asegura que tú dijiste que fue su marido quien ordenó la muerte de Arpad. ¿Cuál es tu respuesta?

—No lo puedo probar, pero fue Pawson... con un porcentaje de probabilidades del noventa y nueve por ciento.

—Queda en uno por ciento. Es suficiente para la duda, Belle.

—Estoy segura de que fue él.

—Pero ahora ya está muerto.

—El asesino recibió mentalmente todos mis plácemes.

—¿Tuviste algo que ver con el asunto?

—¿Te lo diría si fuese cierto?

Felan empezó a jugar con algunas de las cosas que estaban encima del escritorio.

—¿Por qué declaraste que yo estaba borracho, cuando vino la policía a poner orden en tu local?

—¿Qué otra cosa se podía pensar?

—Eres muy lista, Belle; sólo contestas lo que te conviene. Volveremos a vernos, te lo aseguro.

—Perderás el tiempo...

Felan tenía en las manos una pluma. Sonrió desdeñosamente.

—Eres un poco anticuada; todavía usas estilográfica...

Un chorro de tinta negra brotó repentinamente de la pluma y dio de lleno en el rostro y el escote de la mujer. Belle lanzó un chillido de cólera.

—¡Salga, sal de aquí ahora mismo o...!

Felan se marchó, simulando estar muy avergonzado. Pero lo había hecho intencionadamente. Era su pequeña venganza por la mentira que Belle había dicho al declarar que estaba borracho.

CAPÍTULO V

Annie salió del local por la puerta lateral y se acercó al automóvil que aguardaba junto a la acera. Sonriendo, Felan abrió la portezuela, para que ella pudiera sentarse a su lado.

—¿Adónde vamos? —consultó.

—Puedo invitarte a una copa en mi apartamento... Pero sólo una copa.

—No pediría nada más, Annie —contestó él—. ¿Recuerdas el tipo que te pellizcó después que te dijera que quería ver a Belle?

—Sí. Resulta difícil olvidar a un sujeto como aquél. Si quieres, te daré su nombre. Sé dónde vive...

—Estupendo. Annie, ¿crees que yo estaba borracho cuando se inició el jaleo?

—No, en absoluto; ni siquiera habías tomado un trago.

—Pero declaraste a la policía que había bebido en demasía.

Ella se agitó incómoda en el asiento.

—¿Por qué no me contestas? —insistió Felan.

—¿Me prometes ser discreto, Tony?

—Cuando conviene, soy una tumba, Annie.

—Está bien. Me lo ordenó la dueña.

—Belle, ¿eh? —rezongó el joven—. ¿Te dio algún motivo?

—No, pero sí me dijo lo que podía pasarme si no hacía lo que ella me ordenaba. Es un buen empleo y se consiguen buenas propinas, Tony.

—Entiendo. «O dices que ese tipo estaba borracho perdido o te pongo de patitas en la calle», ¿verdad?

—Exacto —confirmó la joven.

—Los otros también declararon de la misma manera —comentó Felan pensativamente—. Hay cosas que no logro entender... Annie,

dime, ¿trabajabas ya en el Golden Moon cuando mataron a Valerius Arpad?

—Sí, desde luego.

—¿Qué se comentó entonces entre vosotras?

—Parece ser que alguien pidió una especie de contribución a la dueña. Arpad intentó evitarlo y lo mataron, como una especie de escarmiento. Pero nadie sabe quién lo hizo... Es decir, nadie conoce al que ordenó ese asesinato.

—Eso parece como si se supiera quién apretó el gatillo.

—Se rumorea que fue un tal Kaytie Donovan. Le llaman *el Esqueleto Andante*.

—Tengo una vaga idea de quién es el tipo —indicó Felan—. Será cosa de buscarle.

—Ten cuidado. Por ahí se dice que es un tipo muy peligroso.

—Lo tendré en cuenta, Annie; no te preocupes.

Poco más tarde, ella le ordenó parar el coche.

—Vivo aquí, Tony —dijo.

Felan redujo la marcha suavemente. Cuando se disponía a abrir la portezuela, divisó una sombra en el portal.

—No te muevas, Annie —murmuró.

Ella le miró alarmada.

—¿Qué pasa, Tony?

Felan dio el contacto de nuevo y volvió a poner el coche en movimiento. Dobló la esquina próxima, detuvo el automóvil y se apeó de un salto.

Alguien llegó corriendo. Felan oyó los pasos que se acercaban. Cuando el sujeto rebasaba la esquina, alargó el pie.

El hombre gruñó al caer de bruces. Intentó revolverse, pero el pie de Felan le golpeó en la mandíbula y perdió el conocimiento.

—¡Annie, ven! —llamó.

La joven acudió rápidamente.

—¡Es Trick Maston! —exclamó.

—Lo conoces —afirmó Felan.

—Es uno de los matones de Belle. ¿Qué hacía en la puerta de mi casa?

—Me vigilaban a mí. Vieron que subías al coche y dedujeron que iba a acompañarte a tu casa. Mañana te preguntarán qué pasó entre los dos. Tú verás qué les contestas.

—Les diré que me negué a decirte nada y que insistí en que estabas borracho —replicó Annie.

Felan le dio una palmadita en la mejilla.

—Buena chica —sonrió—. Anda, ve a dormir. Otro día, te pediré que me invites a una copa. Quizá te pida algo más.

Ella suspiró.

—Esta noche no me sentiría con ánimos para...

—Viene un coche policial —advirtió Felan de pronto—. Anda, lárgate.

Annie echó a correr. El automóvil de patrulla se detuvo segundos más tarde, y sus ocupantes se apearon recelosamente, con las manos en las culatas de los revólveres.

—Celebro su llegada tan oportuna, amigos —comentó el joven—. Este hombre me ha atracado. Soy el agente Felan y encontrarán mi billetera, con la documentación, en uno de sus bolsillos. Se distrajo un poco y pude golpearle, pero ustedes han aparecido muy a tiempo...

Uno de los patrulleros se inclinó, registró al caído y extrajo una billetera, que devolvió a su dueño después de un concienzudo examen.

—Muy bien, colega —dijo—. Nos ocuparemos de él, pero mañana tendrá usted que formular los cargos pertinentes.

—Será un placer —aseguró Felan.

* * *

El hombre merecía plenamente el apodo que se le había dado: Esqueleto Andante. No era muy alto, sin embargo, pero su delgadez hacía pensar en un espectro que sólo conservara la osamenta, cubierta por unas ropas deliberadamente holgadas, a fin de hacerle parecer más grueso de lo que era.

Pero la cara tenía que quedar al descubierto y parecía realmente una calavera con ojos, recubierta por la piel. Por si fuese poco, tenía dientes de caballo y muy salientes.

Verdaderamente, se dijo Felan, la naturaleza no se había portado muy bien con Kaytie Donovan.

Había conseguido localizarle y le siguió hasta su casa. Donovan vivía en un edificio corriente, en la última de las nueve plantas.

Felan pensó que, a pesar de la modesta apariencia de la casa, el alquiler debía de costarle un pico.

—Pero si se gana bien la vida... quitándosela a los demás, ¿por qué vivir como un miserable?

Esperó unos momentos y luego entró en el portal. El ascensor le llevó hasta el último piso. Momentos después llamaba a la puerta del apartamento donde vivía el hombre de quien se sospechaba que había asesinado a Arpad.

Transcurrió casi un minuto. La puerta se abrió bruscamente y Felan se vio encañonado por un revólver de pavoroso aspecto.

—¿Qué es lo que busca a estas horas, amigo? —preguntó Donovan hostilmente.

La voz del sujeto era cloqueante, como emitida por una garganta con tablillas en lugar de laringe, labios y lengua. «Es la auténtica voz de un esqueleto», pensó Felan.

—¿Teme que le venda bonos para beneficencia? —sonrió—. Pero en su lugar, antes de usar ese revólver, yo lo examinaría con mucho cuidado. ¿Es que no se ha dado cuenta de que tiene el cañón cegado?

Donovan cayó en la trampa y volvió el arma. Felan golpeó primero la mano derecha, haciendo saltar el revólver por los aires. Luego le arreó un brutal puntapié en el vientre.

El sujeto cayó de espaldas, con los pies por alto. Felan entró, cerró la puerta, se inclinó sobre Donovan y, agarrándolo por las solapas de la chaqueta, lo sacudió hasta que oyó el castañeteo de sus dientes.

—Mataste a Arpad —acusó—. ¿Quién te pagó por hacerlo?

En los ojos de Donovan apareció el miedo.

—Nadie me vio. No hubo testigos...

—De modo que lo admites.

—Lo negaré ante un tribunal. Y no diré nada más.

—Muy bien, como quieras.

Felan empujó al sujeto, hasta situarlo junto a una de las ventanas.

—Te habrás suicidado —anunció—. Yo llegaba aquí cuando te tiraste por la ventana; es lo que declararé ante la policía.

Donovan perdió todo el valor y empezó a temblar.

—Me lo ordenó Jackson Brudden —reveló.

Felan arqueó las cejas.

—¡Pero está muerto! ¡Lo mataron hace ocho semanas!

Donovan guardó silencio. Felan empezó a comprender.

—Y lo mataste tú —adivinó.

—Me dio menos dinero del que me prometió... Nunca quiso darme lo que le faltaba...

—Y juraste que te vengarías de él, ¿verdad?

Donovan calló. Felan reflexionó unos instantes.

Aquel sujeto mentía. Brudden había sido miembro prominente del hampa. Y esa clase de gente cumplía sus compromisos. Por otra parte, Donovan no hubiese hecho nada de no haber recibido previamente los «honorarios» por su trabajo.

Pero aquellos momentos de indecisión le distrajeran lo suficiente para que Donovan consiguiera desasirse de él con un violento empujón. Felan retrocedió y trastabilló. Donovan se le arrojó encima, vomitando atroces palabrotas.

En el último instante, Felan consiguió echarse a un lado. Fallado el golpe, Donovan, por su propio impulso, se precipitó hacia la ventana.

Estaba abierta. Era una noche calurosa.

Se oyó un terrible alarido. Luego un espantoso ruido de huesos rotos.

Felan sudaba. Pronto acudirían las patrullas.

—Lo mejor es desaparecer de aquí —murmuró.

* * *

Era domingo. Felan decidió tomarse una jornada de descanso. Había llevado unos días muy agitados y necesitaba aclarar un poco las ideas.

De pronto, se le ocurrió que lo mejor era invitar a Nellie a pasar unas horas en el campo. Sin pensárselo dos veces, entró en el coche y arrancó en dirección a la residencia donde vivía la muchacha.

Un estirado mayordomo acudió a recibirle.

—Soy Felan. Tenga la bondad de anunciarme a la señorita Dowick —solicitó.

—Bien, señor.

El mayordomo volvió al cabo de unos momentos.

—Por aquí, señor.

Felan le siguió hasta la parte posterior de la casa, donde había una amplia explanada, cubierta en parte de césped. Había también una piscina, y Felan distinguió unos largos cabellos que se movían perezosamente sobre el agua.

Nellie sacó un brazo para saludarle.

—Hola, Tony. No sabes cuánto me alegro de verte... Pensaba llamarte a tu casa, pero no me atreví...

—¿Eres tímida? —sonrió él.

—No. Pensé que podría resultar inoportuna; eso es todo.

—Bien, ya estoy aquí. Y se me ocurrió que podríamos hacer una pequeña excursión campestre, pero, al parecer, estás mejor en tu casa. Bueno, otro día será.

—Puedes bañarte conmigo en la piscina —sugirió ella.

—No tengo bañador...

—Oh, vamos, Regis te proporcionará uno y toallas. Anda, toca el timbre que hay junto a la puerta, y acudirá enseguida.

—Está bien. Regis es el mayordomo, supongo.

—Así es. Tony.

Minutos más tarde, Felan se arrojaba al agua. Nadaron juntos un buen rato y luego salieron a secarse al sol. Nellie se escurrió un poco los cabellos. Después, se tendió de costado para mirarle a la cara.

—Cuéntame, cómo marchan las cosas —pidió.

—Muy enrevesada. No sé si saldré adelante. Nellie —confesó él, desanimadamente—. Eres un chico listo. Acabarás por descubrir al verdadero asesino.

—Me gustaría, pero... Lo dudo mucho, te lo digo con sinceridad. Ella se mordió los labios un momento. Luego invitó:

—Tony, ¿por qué no me lo cuentas todo? Yo podría ayudarte.

—Mujer, no sé si debo...

—¿Sabías que hice un curso de policía por correspondencia? Se titulaba «Hágase detective en diez sencillas lecciones»...

Felan contempló a la muchacha con asombro. Nellie se echó a reír.

—Era una broma, naturalmente —añadió.

—Ya me parecía a mí... Bueno, escucha atentamente.

El joven habló durante unos minutos. Cuando terminó, ella se

quedó pensativa.

—Bien, a mi entender, hay que buscar en las cuatro muertes un nexo común, y yo creo que lo tienen —dijo al cabo—. Dos para ser más exactos, y hasta supongo que tú también lo habrás advertido. Primero: todos ellos se habían visto implicados en casos criminales de notorio relieve. Eran, aparentemente, personas honradas, pero, en realidad, dirigían negocios nada limpios. A los cuatro se les acusaron de distintos delitos, incluido el asesinato, pero ninguno resultó condenado. Todos fueron absueltos y el abogado que lo consiguió, y éste es el segundo punto que tenían en común fue siempre el mismo.

—Lo recuerdo —dijo Felan, vivamente—. Es Malachy Euber.

—Entonces, ¿por qué no vas a verle?

El joven consultó su reloj.

—Hoy es domingo, Nellie. Tendrá que ser mañana a primera hora. Euber estará fuera, pasando el fin de semana en alguna parte. Ya te contaré lo que suceda entre los dos.

—Me gustará saberlo. Y ahora, ¿cómo está tu apetito?

—Magnífico, Nellie.

—¿Aceptas mi invitación a almorzar?

—¿Debo hacerlo? —sonrió él.

—No es una invitación de compromiso, Tony.

—¿Qué dirá el mayordomo?

—¿Te preocupa?

—Mujer, quizá...

—Regis está acostumbrado a obedecer sin pestañear. Se lo diré, y él comunicará a la cocinera que prepare almuerzo para dos; ordenará que dispongan la mesa y...

Felan suspiró.

—Nellie, ¿cómo puedes vivir así? Yo no podría acostumbrarme. Claro que cuando se nace ya en la abundancia, las cosas resultan más fáciles.

Ella le miró severamente.

—Te diré una cosa, Tony: en esta casa, no hacemos jamás ostentación de lo que tenemos. A pesar de nuestra posición, somos gente sencilla, sin complejos, tanto hacia los que son superiores a nosotros, como hacia los que tienen menos. Para nosotros, sólo cuenta la decencia y la honestidad. ¿Lo entiendes ahora?

—Eres una chica maravillosa. ¿Cómo es que no te has casado todavía?

—Estuve a punto de hacerlo, pero fracasó el asunto.

—Lo siento.

—Yo estoy muy contenta de aquel fracaso. Aprendí mucho, pero...

Nellie se irguió de pronto.

—Dejemos el tema a un lado. Voy a vestirme, Tony. Nos reuniremos para almorzar. Regis te guiará a tu habitación para que te cambies de nuevo.

Ella se alejó, hermosa como una diosa pagana, pero mucho más accesible, porque era un ser de carne y hueso.

—Accesible, aunque no para mí —murmuró Felan, melancólicamente.

CAPÍTULO VI

Malachy Euber, por medio de una secretaria, anunció que no tendría tiempo disponible hasta las cinco de la tarde y, aun así, podría dedicarle solamente diez minutos, ya que debía entrevistarse con un cliente muy importante. Dominando su impaciencia, Felan hubo de resignarse a esperar hasta la hora indicada.

El abogado, reconoció luego interiormente, cumplió su palabra y la recibió en un lujoso despacho a las cinco en punto. Felan estuvo a punto de hundirse en el enorme sillón de cuero negro que había frente a la mesa de trabajo de Euber. Ganaba dinero y le gustaba demostrarlo, pensó.

Era un sujeto muy atildado, pero ya con bolsas en los párpados y una notoria falta de pelo en el cráneo. Con aire en apariencia benévolo, juntó las yemas de los dedos y apoyó los codos en la mesa.

—Y bien, señor Felan, ¿qué es ese asunto tan importante que tenía que tratar usted conmigo?

El joven sacó un papel y lo puso delante de Euber.

—Ahí figuran los nombres de cuatro personas que fueron asesinadas en los últimos tiempos —manifestó—. Esos cuatro hombres, y lo digo de una manera extraoficial, porque nunca se les pudo probar nada, eran notorios delincuentes. Se les acusó a todos de diversos delitos, entre los que se incluían los asesinatos, pero jamás se consiguió su culpabilidad.

—Porque eran inocentes —replicó Euber vivamente, mirando a su visitante por encima de las gafas que se había puesto para leer la breve relación de nombres.

—Eran inocentes oficialmente, en efecto. Se les procesó, fueron juzgados y los jurados les declararon inocentes. Sobre este punto,

no cabe la discusión. Pero fue usted el defensor de los cuatro, en todos los procesos.

—Ellos me lo pidieron. Yo no tenía motivos para negarme a la defensa.

Los ojos de Felan escrutaron el rostro que tenía frente a sí. Recordaba muy bien el último juicio al que había asistido, y en el que Euber figuraba como defensor del acusado. El abogado había empleado las mil y una triquiñuelas de su oficio, confundiendo a los testigos, mencionando, en ocasiones, asuntos que no tenían nada que ver con el proceso y, en fin, distorsionando los hechos de tal forma, que el jurado acabó sin saber muy bien lo que sucedía y declaró inocente al procesado.

—Lo sé —admitió Felan tras una brevísima pausa—. Pero da la sensación de que alguien ejecuta las sentencias que un tribunal regular no pudo dictar.

—Sólo sé que se trata de crímenes execrables, a cuyo autor es preciso encontrar y castigar como se merece —respondió Euber, enfáticamente—. Y la policía es quien debe ocuparse de ello.

—Es lo que tratamos de conseguir. Y por eso estoy aquí. ¿No puede usted darme una pista sobre el asesino?

Euber hizo un gesto negativo.

—Si supiera algo, lo habría declarado inmediatamente. Siempre fui un hombre cumplidor de las leyes. Es mi profesión, recuérdelo, sargento.

Tony sonrió.

—Sólo soy un simple agente, señor —puntualizó.

—Se merece un ascenso —dijo Euber—. Conozco a su jefe y le recomendaré para ello.

Felan se estremeció. Ver a su jefe recibiendo complacidamente la recomendación para su ascenso a sargento, era algo más de lo que podía imaginar.

—Gracias otra vez, señor. Y ahora, accidentalmente y aunque puede... Mejor dicho, no tiene relación con esos otros cuatro casos, ¿no podría darme usted alguna información sobre el asesinato de Valerius Arpad?

Las cejas de Euber se alzaron.

—Recuerdo el suceso, pero sólo sé lo que dijeron los periódicos —contestó.

—Es una lástima... —Felan trató de sonreír—. Le ruego dispense la molestia de mi visita.

—Al contrario, ha sido un placer colaborar con la policía. Siempre me tendrá a su disposición cuando me necesite.

Euber se puso en pie y agarró una cartera de cuero con adornos y cerradura de oro puro.

—Tengo que salir; he de acudir a una cita concertada hace ya muchos días —añadió.

Felan ya no dijo nada. Salió del despacho y buscó el ascensor. Euber se había quedado retrasado, dando instrucciones a su secretaria.

El joven llegó a la calle. Su coche estaba a una veintena de metros del edificio donde Euber tenía su despacho. Abrió la portezuela y, en aquel momento, se percató de que una de las ruedas delanteras estaba completamente vacía de aire.

Torció el gesto. Ahora tendría que cambiarla y...

De repente, oyó varias detonaciones.

Parecían pequeños petardos de feria. Pero una mujer chillaba desesperadamente.

Felan volvió la cabeza. En la puerta del edificio, Euber se tambaleaba visiblemente. Había soltado la cartera y se ponía las manos sobre el pecho.

Rugió el motor de un coche. Felan lo vio alejarse a toda velocidad. Imposible perseguirlo, se dijo tristemente.

Euber había caído ya al suelo y corrió a socorrerle. Cuando llegó a su lado, comprobó que ya nada se podía hacer por él.

* * *

—No hemos conseguido nada —masculó Willebrandt, furiosamente—. Un asesinato en plena calle, a la vista de decenas de testigos y usted a cuatro pasos, y el asesino escapa tranquilamente. Usted había estado con Euber hacía apenas un minuto, y lo vio todo. ¿Por qué no persiguió al asesino?

—Tenía una rueda sin aire, señor.

—Una notoria falta de previsión. Seguramente, con lo distraído que es usted, el neumático estaría gastado y bastó un simple alfiler...

—El neumático apareció con señales indudables de haber sido apuñalado.

—¡Cómo! ¿Quiere decir que se lo rajaron?

—Exactamente, señor. Fue un acto plenamente deliberado.

—Pero eso... significaría que sabían que usted estaba con el abogado, Felan.

—Lo sabían, señor —convino el joven—. El asesino aguardaba la ocasión propicia. Me vio, sin duda, entrar en el edificio y temió que yo pudiera perseguirle. Entonces, con una navaja...

Willebrandt se puso en pie y empezó a dar paseos a gran des zancadas por el despacho, con las manos a la espalda.

—Esto va a ser mi ruina, mi descrédito... El alcalde pedirá mi cabeza, los periódicos exigirán mi destitución...

—Lo siento, señor; no he podido conseguir nada. He hecho el máximo de esfuerzos, pero todo ha resultado inútil. Le ruego me asigne otro cometido; ya ha podido darse cuenta de que he fracasado...

Willebrandt se volvió de pronto y le apuntó con el índice.

—¡Nada de eso! —rugió—. Le asigné a usted este caso y seguirá en él hasta que descubra al asesino, aunque le cueste veinte años. ¿Me ha oído, Felan?

—Si usted se empeña, señor...

—Felan, usted no es torpe; sólo algo... despistado, pero tiene inteligencia natural y debe saber cómo utilizarla. Siga en el caso, insisto.

—Muy bien, señor, usted manda.

El jefe agarró un puñado de papeles que tenía encima de la mesa.

—Tome, declaraciones de los testigos que estaban más cerca de Euber en el momento del crimen. Quizá le sirvan de algo.

Felan recogió los papeles, sintiéndose escéptico acerca de lo que podía conseguir con ellos. Más tarde, vio que sus presentimientos se habían hecho realidad.

Una docena de personas, hombres y mujeres, habían visto al asesino. Era joven, casi un chiquillo; era rubio, moreno, calvo, con lentes, con barba, un anciano que casi no podía correr... Dos habían declarado que era una mujer muy hermosa y otro, en fin, había declarado que el asesino vestía uniforme de *marines*, con insignias

de coronel.

Las declaraciones fueron a la papelera.

—Un poco menos de imaginación hubiera resultado infinitamente más positivo —se dijo, disgustado.

Sentíase deprimido, vacío por dentro. Había demasiadas muertes por solucionar y no sabía por dónde empezar al cabo de los días.

De pronto, pensó que le convenía dejar de pensar en el asunto durante algunas horas. Se preguntó quién podría ayudarle.

Pronto encontró la respuesta.

* * *

Annie Martin se sorprendió vivamente al verle en la puerta de su casa.

—¡Tony! ¿Qué haces aquí? —exclamó.

—Hoy no te han seguido, ¿verdad?

—No creo...

—Y me debes una copa.

Ella sonrió maliciosamente.

—A lo mejor son dos —contestó—. Anda, entra.

Una vez en el apartamento, Annie se quitó los zapatos.

—No sabes lo que es estar horas y horas en pie, yendo y viniendo con estos malditos tacones... ¿Te importa que me cambie de ropa? Puedes servirte tú mismo, si te apetece. En el frigorífico encontrarás hielo...

Felan se quedó solo. Al cabo de un rato, Annie volvió, con un peinador sobre su cuerpo de agradable silueta y el pelo suelto. Tenía la cara limpia de maquillaje, lo que la hacía parecer mucho más atractiva.

Se sentó junto al joven y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

Felan pasó un brazo sobre sus hombros.

—Simplemente, estar un rato contigo. Necesito airear mis ideas —respondió.

—Estás preocupado, ¿verdad?

—Annie, no hablemos de cierto asunto poco agradable...

La mano de la camarera soltó los botones de la camisa de su huésped y se apoyó directamente en su pecho.

—Recuerdo el caso Arpad —dijo—. Por ahí se rumorea que Valerius no era el fiel caballero que se decía. Alardeaba de defender a Belle de los que querían extorsionarla, pero más de uno cree que estaba de acuerdo con ellos.

—Entonces, ¿por qué lo mataron?

—Diferencias de orden económico —rió Annie—. ¿No te lo figuras?

Felan asintió.

—Ella quedó muy afectada, tengo entendido.

—Menos de lo que parece. Antes de dos meses, a pesar del dolor que mostraba, ya había encontrado un sustituto.

—¿Sabes quién era?

—Se decía... Incluso se aseguraba que había sido él quien había dado la orden de matar a Arpad, para quedarse con su puesto en los dos sitios.

—¿Dos sitios?

—Claro: el de gerente del negocio y el lugar que Arpad dejó vacante en la cama de Belle. —Soy muy torpe— se criticó el joven a sí mismo. —¿Quién es el fulano?

—Ya no está. Se marchó hace mucho tiempo de la ciudad. Belle lo caló y le dio el pasaporte muy pronto. Lo alcanzó justamente cuando iba a cobrar un cheque de doscientos mil dólares, cuya firma había falsificado. Quiso denunciarlo, pero el abogado le dijo que, puesto que no había llegado a cobrar el dinero, no había delito. Belle optó por la solución más sencilla: darle la patada.

—En este mundo de hoy día pasan unas cosas muy raras —suspiró él.

Annie se apretó más todavía contra el cuerpo de su invitado.

—Pues todavía te queda por oír lo más gordo —anunció.

—¿Sí?

—Son rumores muy vagos, nada concretos... pero se dice que un grupo de personas se propuso acabar con cuatro criminales que no habían podido ser declarados culpables...

Felan entornó los ojos.

¿Era posible que sucediera una cosa así?

Si resultaba verdadero, la conspiración introducía un nuevo factor en el caso. Y, hasta cierto punto, lo que decía Annie coincidía con algo que había manifestado Nellie.

—El caso es que muchos piensan que esos tipos están mejor muertos, y que habría que dar una medalla al asesino —añadió la joven.

Alzó la cabeza y sonrió.

—Pero ¿vamos a estar hablando de esto durante toda la noche? —preguntó.

Felan introdujo una mano por el escote de la bata. Annie se estremeció ligeramente. Su voz resonó algo ronca al pedir ansiosamente:

—¡Bésame, bésame...!

CAPÍTULO VII

Estaba en su despacho oficial, repasando unos papeles, cuando sonó el timbre del teléfono. Alargó la mano y levantó el aparato.

—Felan —dijo.

—Tony, soy Annie. —La voz de la camarera sonaba excitada—. Tengo una importante noticia que darte. Hunt Nader está en la ciudad.

—¿Nader? No recuerdo ese nombre...

—Es verdad; no te lo dije anoche. Pero ¿recuerdas el tipo que se quería quedar con los dos «empleos» de Arpad?

—Ah, ahora caigo... ¿Dónde vive? ¿Lo sabes?

—He oído decir que se hospeda en el Crittle, en la Calle Novena, no sé más.

—Está bien, es suficiente. Gracias, Annie.

—Suerte, Tony —le deseó ella.

Felan colgó el teléfono. El caso Arpad continuaba torturándole. Y, aunque había dicho públicamente que no tenía nada que ver con los otros cinco asesinatos, abrigaba el presentimiento de que había cierta relación entre los dos casos.

De pronto, obedeciendo a un repentino impulso, se puso en pie. Cruzó el despacho, abrió la puerta y sintió un fuerte golpe al otro lado, seguido de un tremendo estrépito de cacharros rotos y un rugido de dolor.

Asomó la cabeza con precaución. El sargento Markus estaba saltando a la pata coja, agarrándose el pie izquierdo con las dos manos. A su lado, una mujer policía de uniforme trataba de disculparse.

—Lo siento, sargento; la puerta me golpeó, yo perdí el equilibrio y le pisé sin querer...

En el suelo se veía una bandeja, que había estado repleta hasta hacía unos segundos de tazas con café. Markus vio al joven y sus ojos se inflamaron de cólera.

—¡El, ha sido él! —bramó.

Olvidándose momentáneamente de su dolor, extendió las manos y trató de agarrar a Felan por el cuello. El joven huyó.

Markus pisó un charquito de café y resbaló hacia delante. El jefe llegaba en aquel momento.

La cabeza de Markus chocó contra el estómago de Willebrandt. Los dos hombres cayeron revueltos en confuso montón, profiriendo alaridos que no parecían humanos. La mujer policía no se pudo contener y, poniendo las manos en los costados, rompió a reír estrepitosamente.

Felan huyó a la carrera.

—Dios mío, la que se ha organizado... —murmuró, mientras buscaba la vía de escape más cercana.

Al hallarse en lugar seguro, se arregló un poco, compuso el gesto y continuó su marcha a paso normal. Iba a ver a Nader y quería hablar con él a fondo del caso Arpad.

* * *

Las luces rojas de neón de un bar situado al otro lado de la calle, se encendían y apagaban intermitentemente. El hombre abrió la puerta del cuarto, entró, cerró y movió el interruptor que había junto a la entrada.

Felan sonrió.

—Pase, Nader —invitó—. Tenemos que charlar un poco.

Hunt Nader se puso rígido. Su mano derecha fue instantáneamente al interior de su chaqueta.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué hace en mi cuarto?

Sentado en una butaca, Felan mostró su billetera. Luego dio su nombre.

—Quiero hablar con usted, Nader. Será mejor que tome asiento —dijo.

El hombre dudó. Hurgó en sus bolsillos y sacó tabaco.

—Estoy mejor de pie —manifestó—. Oiga, no le conozco a usted...

—Ha estado mucho tiempo fuera de la ciudad. Casi soy un recién llegado al departamento de policía.

—Eso lo explica todo, señor Felan.

—Excepto la muerte de Valerius Arpad.

Nader se puso rígido.

—Yo no tuve nada que ver con aquello —declaró.

—Algunos opinan lo contrario. Dicen que mató a Arpad, para quedarse con el empleo y el puesto que tenía en el lecho de Belle Throne.

—Es una inmundia calumnia —protestó el sujeto.

—Por el momento, admitiré la presunción de inocencia en su favor. Pero, dígame, ¿quién tenía motivos suficientes para desear la muerte de Arpad?

Nader se encogió de hombros.

—Había demasiada gente que le detestaba —respondió.

—¿Por qué?

—Sólo son rumores... Se comentaba que quería convertirse en... digamos el zar del hampa... Eso no gustó a alguien y ordenó que lo liquidasen.

—Entonces, no protegía a Belle.

—Sólo lo fingía; en realidad, se aprovechaba de su credulidad, para «hacer su agosto». —A usted le vino bien su muerte, ¿verdad?

—Casi no tuve que hacer nada. Belle y yo éramos buenos amigos. Un día, apoyó su cabeza en mi hombro, se puso a llorar... y después vino el resto.

—Y usted falsificó su firma en un cheque de doscientos mil dólares.

Nader fingió dar lustre a sus uñas en la solapa de su traje.

—Me debía ese dinero —manifestó.

—¿Por qué?

—Le hice muchos trabajos y me pagaba una miseria. Creía que, con permitirme acostarme con ella todas las noches, yo estaba bien pagado.

—Usted no lo consideraba así, supongo.

—Una mujer es siempre igual a otra. El dinero, aun siendo igual, es algo muy distinto. Un billete de diez dólares no es igual a un fajo de cien billetes de diez dólares.

«Menudo cínico estás hecho», pensó Felan.

—Y puesto que no le pagaba lo que creía justo, decidió estafarla.

—Perdone, sargento; decidí cobrar lo que me pertenecía.

—¿Doscientos mil dólares en dos meses tan sólo?

—Primero, fueron casi seis. Segundo: ella tiene ciertos negocios que le hacen ganar sumas enormes.

—¿Qué negocios?

Nader soltó una risita.

—Pero ¿es posible que no lo sepa, sargento?

—No tengo ese grado —replicó el joven de mal humor—. Y ahora, dígame qué es lo que no sé, por favor.

—Está bien. ¿Usted conoce el Golden Moon?

—He estado allí un par de veces.

—Pero yo me refiero a todo el edificio. Usted conoce solamente el local con el escenario, las atracciones, las chicas... Eso es solamente la mitad del edificio, en la parte delantera.

—¿Y en la trasera?

—¿Por qué no va a comprobarlo usted mismo?

—¿Se puede entrar?

—Hay un pequeño cine, dedicado a películas «porno». Es sólo la fachada. Usted va a la taquilla y pregunta si proyectan *La viuda alegre*. Entonces, le dirán que el precio de la entrada es de cien dólares. Si los paga, le dejarán pasar al interior. El cine es muy pequeño, con treinta butacas como máximo y, ciertamente, proyectan esa clase de películas. Usted enseña su entrada a un acomodador y éste verá la contra señal. Entonces, le conducirá al sitio donde Belle gana el dinero a sacos.

—¿Cómo, si se puede saber?

Nader volvió a frotarse las uñas.

—Ponga esos cien dólares en la nota de gastos —aconsejó—. Y, no lo olvide: quiere ver *La viuda alegre*.

Felan se puso en pie. Acercándose al sujeto, metió la mano en el interior de su chaqueta y le quitó una pistola.

—No tiene licencia, supongo.

Nader se mordió los labios.

—No —admitió a media voz.

—Lo pasaré por alto esta vez, en gracia a sus informes. Pero no vuelva a llevar armas o le costará muy caro.

—Lo tendré en cuenta.

El joven se encaminó hacia la salida. Desde allí, se volvió y miró fijamente al sujeto.

—¿Juego?

Nader sonrió sibilinamente.

—Gástese cien dólares —insistió.

Felan salió en silencio. Una vez fuera, pensó en los informes recibidos.

La única forma de ganar tanto dinero era una casa de juego clandestina, se dijo. Pero si era cierto, entonces resultaba que Belle estaba muy protegida.

—Yo puedo ignorarlo, porque nunca me preocupé del asunto —murmuró, mientras descendía a la planta baja del hotel—. Pero alguien tiene que saberlo... Y esa «protección» no le resultará barata a Belle.

¿Quién era el prevaricador en el departamento de policía?

* * *

—Me parece estar a punto de lanzar una piedra a una charca —dijo al día siguiente—. Las aguas están tranquilas, parecen un espejo... pero la piedra las agitará, enturbiándolas, y el mal olor llenará la atmósfera...

Nellie le miró con simpatía.

—¿Acaso ignoraba lo de la casa de juego? —preguntó.

Felan le había relatado su entrevista con Nader. Ella le había escuchado con toda atención y ahora hablaba por primera vez.

—Por completo —respondió él, apesadumbrado—. Nellie, mucho me temo que no sirvo para policía. Estoy pensando muy seriamente en presentar mi dimisión.

—Suponiendo que lo hagas, ¿qué planes tienes para el futuro?

—Cuento con mi título de abogado... No sé qué hacer, francamente. Creo que el jefe me ha arrojado encima una tonelada de piedras y no sé cómo descargarme de este peso. —Tony, voy a proponerte una cosa. ¿Por qué no vamos esta noche a ver *La viuda alegre*?

Felan parpadeó.

—¿Acaso quieres...?

—Bueno, ¿qué podemos perder?

—Doscientos dólares. ¿Te parece poco?

—Cien cada uno, Tony.

—Cuando un caballero invita al cine a una dama, paga siempre las entradas... Y yo no soy un potentado, precisamente.

—Está bien, yo correré con los gastos...

—Como máximo, dejaré que pagues tu entrada. Mira, Nellie, me resultas enormemente atractiva; eres una chica guapísima, simpática, llena de sinceridad... pero tienes mucho dinero y yo sólo cuento con lo que pueda ganar con mi trabajo. Procura comprender mi punto de vista, por favor.

Nellie sonrió con dulzura.

—Está bien, hombre remilgado. Pero iremos juntos, ¿entendido?

—De acuerdo. Oye, Nellie, ¿siempre consigues lo que te propones?

—No siempre, Tony.

—A veces, fracasas.

—Sí. Como cuando me enteré de lo que era en realidad mi prometido.

—¿A qué se dedicaba?

—Era... Es, supongo, porque todavía vive, un hombre en cantador en todos los aspectos y un magnífico actor, porque me engañó hasta el último momento. Por unas horas escasamente no me convertí en la señora Nader.

Felan se atiesó instantáneamente.

—¿Has dicho Nader?

—Sí. Hunt Nader es su nombre... y andaba mezclado en negocios turbios y asuntos que me repugna mencionar. Fue un desengaño terrible y me costó mucho superarlo. Mi padre se opuso siempre a la boda y hasta contrató a un detective para que investigase a Nader. Me enseñaron los informes la víspera de la ceremonia. Hay una cosa común en la familia Dowick: la sinceridad. Mi padre no me hubiera mentido sólo por evitar mi boda con Nader.

—Nellie, tienes que darme el nombre de ese detective —exclamó el joven muy excitado—. Necesito hablar con él, ¿comprendes?

—¿Por qué? —se sorprendió ella.

—Te lo diré en otro momento. ¿Sabes quién es el detective?

—No lo recuerdo muy bien. Se llamaba algo así como Ankrum...

—Bueno, puedes preguntárselo a tu padre. No te costará mucho, supongo.

—Es que ahora no está en casa.

—A la noche...

—Tampoco. Está de vacaciones con la familia. En Europa.

—Tu madre y... ¿Alguien más?

En los ojos de Nellie brilló una chispa de malicia.

—Seis, Tony.

—¡Caramba! ¿Han tenido que llevarse seis sirvientes?

—No, nombre, mis seis hermanos. Cuatro chicos y dos chicas.

Felan se dio una palmada en la frente.

—¡Jesús! Eso no es una familia; es toda una banda...

—Yo soy la mayor, pero ya te daré más detalles en otro momento.

—Muy bien. Ibas a casarte con Nader y resultó ser un pájaro de cuenta. Lo es, desde luego, aunque, como dije antes, me gustaría hablar con Ankrum, el detective. No importa que no sepas dónde tiene su oficina; con el apellido, tengo más que suficiente para encontrarle.

—Bien, pero ¿qué te extraña de Nader?

—Algunos dicen que fue él quien asesinó a Valeriu Arpad. Mejor dicho, intervino en su muerte, por dos razones: ocupar su puesto y conquistar a la dueña del Golden Moon. Consiguió ambas cosas, pero la señora Throne se enteró de que era un sujeto desaprensivo y lo despidió, alcanzándolo a tiempo de evitar que cobrase un cheque de doscientos mil dólares, en el que había falsificado la firma.

—Era un sujeto depravado, sin honor ni decencia. Yo no lo supe ver y a veces me pregunto cómo pude ser tan tonta —confesó Nellie tristemente.

—Eso ya ha pasado —sonrió Tom—. No tienes que avergonzarte de tu error; cualquiera puede cometerlo. La señora Throne es mucho más experta que tú en determinados aspectos y, ya ves, también se dejó engañar por Nader.

Nellie hizo un esfuerzo por sonreír.

—Está bien, dejémoslo. ¿A qué hora hemos de ir al Golden Moon?

—Después de cenar, sobre las nueve. Vendré a buscarte.

—De acuerdo.

Se habían reunido en una cafetería y Felan abonó la consumición. Luego salieron a la calle.

—De modo que sois siete hermanos... —murmuró.

—¿Te importa, Tony? —sonrió ella.

—Oh, no, en absoluto. Pero ¡es tan poco corriente...!

—No somos la única familia numerosa del país.

—Claro. De todos modos... Tres chicas y cuatro chicos, ¿eh?

—Y estamos muy unidos.

—Eso sí es maravilloso, Nellie.

Felan abrió la portezuela del coche de la joven y ella se sentó tras el volante.

—Sé puntual —recomendó al despedirse.

—No te preocupes —contestó Felan.

Estuvo en la acera, quieto, hasta que la vio desaparecer. Luego, meneando la cabeza con aire pesaroso, se encaminó en busca de su coche.

—Es como un sueño —murmuró—. Pero un día, me despertaré y no será agradable. «Sin embargo, los sueños, mientras duran, resultan maravillosos», pensó, andando con las manos en los bolsillos y silbando una alegre cancioncilla.

CAPÍTULO VIII

Nellie apareció, deslumbrante de belleza, ataviada con un traje largo, plateado, de escote más bien discreto, pero con la espalda al aire. El peinado era más bien sencillo, nada sofisticado, lo cual la hacía aún más atractiva.

Felan se quedó embobado al verla.

—¿Eres un ser real o un producto de mi imaginación? —preguntó observándola.

—Si soy lo segundo, es que ves así a la mujer de tus sueños —dijo.

—No lo había pensado nunca, aunque hay un grave inconveniente, Nellie.

—¿Cuál, Tony?

—Tú y yo.

—No entiendo...

—Piensa un poco y lo sabrás —respondió él evasivamente.

Ella le miró extrañada, pero no dijo nada. Sonriendo, le entregó las llaves del coche.

—Conduce tú, por favor.

Un cuarto de hora más tarde, Felan detenía el automóvil en una explanada en la que había unos treinta y cinco o cuarenta. La fachada posterior estaba casi a oscuras, excepto por un pequeño rótulo luminoso encima de una puerta no demasiado grande.

—¿Es aquí? —preguntó Nellie.

—Sí, si mis informes son ciertos. Espero que lo sean, claro.

Felan avanzó hacia la taquilla.

—Dos entradas para *La viuda alegre* —solicitó, a la vez que entregaba sendos billetes de cien dólares.

La taquillera le entregó los *tickets* sin hacer preguntas. Luego

pasaron al cine. Un acomodador examinó las entradas y luego les guió hasta una puertecita situada en un lateral.

Nellie evitó ver las crudas imágenes que aparecían en la pantalla. La sala aparecía prácticamente desierta; sólo había tres o cuatro espectadores.

—Suban por la escalera del fondo y enseñen los *tickets* a la persona que aguarda en el primer piso —indicó el empleado.

—Está bien guardado —murmuró Nellie.

—Sí, pero no sólo en las entradas, sino en otro sentido —respondió él.

—¿Qué quieres decir?

—Yo no sabía nada, porque no me había preocupado de ello, pero éste es un asunto en el que interviene mucha gente. Alguien «protege» un negocio que no está permitido por la ley, ¿comprendes?

—¿Un pez gordo?

—Si no es así, no sé qué otra cosa se puede decir.

El empleado del primer piso examinó las entradas meticulosamente. Luego pulsó el timbre y les hizo pasar a una especie de cuartito escasamente iluminado. Al cabo de unos segundos, se abrió otra puerta y una enorme estancia, brillantemente iluminada, quedó a la vista de los dos jóvenes.

Nellie contempló un momento el espectáculo. Luego, estupefacta, exclamó:

—¡Increíble!

* * *

Nellie se había acercado a una mesa de ruleta, después de haber cambiado en la caja unas cuantas fichas. Felan se separó de ella, dedicándose a recorrer otras salas, donde había distintas clases de juego, todas ellas sumamente concurridos. Durante un buen rato anduvo de un lado para otro. En cierta ocasión, se tropezó con un rostro conocido. El sujeto le miró con ojos de sorpresa. Los dos se reconocieron en el acto.

Era el mismo tipo que había pellizcado groseramente a Annie, provocando el escándalo en la sala. El hombre se rehízo y desapareció a los pocos instantes.

«Ahora irá a avisar a Belle», pensó Felan, tranquilamente.

Observó discretamente las mesas de juego. Los clientes gananciosos eran los menos, y sus ganancias no eran nada del otro mundo. En cambio, la casa obtenía siempre buenos beneficios.

—Esto es una cueva de ladrones. ¿Cómo puede ser la gente tan tonta para dejarse desplumar de semejante manera? —Gruñó para sí.

Había pasado casi una hora y no había visto aún nada de particular. Cuando empezaba a pensar que habían perdido el tiempo, Nellie vino a su encuentro con un montón de fichas en las manos.

—¡Mira, Tony! ¡He acertado un pleno! —exclamó gozosamente.

—Has tenido suerte —sonrió él—. ¿Cuánto?

—Tres mil seiscientos... ¿Qué te parece?

—Estupendo, pero ¿piensas continuar jugando?

—Oh, no, no soy tan ingenua... Las rachas de suerte no vienen a menudo, y conviene saber aprovecharlas. ¿Me acompañas a cambiar las fichas?

—Claro.

Juntos caminaron hasta la caja. Nellie depositó sus fichas. El cajero las examinó un momento y luego dijo:

—Perdone, señorita, pero no tengo cambio suficiente... Por favor, ¿quieren pasar a la sala contigua? Allí pueden esperar, mientras reúno el dinero... Les servirán una copa...

El cajero indicó una puerta situada a la derecha de su enrejado cubículo. Felan y Nellie entraron, encontrándose en una estancia elegantemente decorada, con un gran diván rojo en uno de los lados.

El joven se mordió los labios.

—Esto no me gusta —comentó.

Nellie se volvió hacia él.

—¿Por qué? El cajero, tal vez, anda momentáneamente escaso de numerario...

—No me gusta —insistió él—. En este momento hay en la sala de juego más de cien mil dólares en danza. Todo son fichas, pero antes tuvieron que ser cambiadas. ¿Cómo es posible que el cajero no disponga de una cantidad realmente ínfima?

—¿Crees que hay cien mil dólares...?

—Me quedo corto —dijo Felan, tajante—. He estado casi una hora observando las mesas. Aun con los gastos lógicos, entre los cuales pueden contarse las moderadas ganancias que se permiten a algunos clientes, para cubrir las apariencias, el beneficio de esta noche no es inferior, neto, a los veinte mil dólares. Incluso aunque fuese la mitad... ¿Te imaginas lo que da de sí un negocio que rinde diez mil dólares diarios?

Nellie se estremeció.

—Trescientos mil al mes...

—Descuenta un día de descanso semanal y algunos otros gastos, pero la ganancia total no baja del cuarto de millón. La señora Throne debe de estar haciéndose inmensamente rica. Y su «protector», no digamos.

—Es un negocio muy bien montado —ponderó Nellie—. Tienes razón; los gastos de «protección» deben de ser muy cuantiosos...

La joven se interrumpió de pronto. Dos hombres acababan de entrar en la estancia y uno de ellos empuñaba una pistola de brillante metal.

* * *

Nellie exhaló un grito de susto al verlos. Felan apretó los labios.

—Ya me extrañaba a mí tener la fiesta en paz —murmuró. Luego hizo un esfuerzo por sonreír.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad?

—Tenemos una cuentecita pendiente, pero ya la ajustaremos en otro momento —dijo el de la pistola—. Ahora vamos a hacer algo más interesante.

Movió la mano libre.

—¿Freddy?

—Sí —contestó el otro, a la vez que sacaba una pequeña cámara fotográfica, con *flash* incorporado.

—¿Qué pretenden ustedes? —inquirió Felan.

—Taparles la boca, por supuesto. Pero sin violencia, claro.

El hombre de la pistola sonreía perversamente.

—Señor Felan, ahora usted y su chica van a hacer exactamente lo que se les diga. Tomaremos unas fotografías, pero les

prometemos no usarlas, a menos que usted empiece a causarnos molestias. ¿Lo ha entendido?

—¿Me enviarán una prueba para recuerdo? —preguntó el joven, irónicamente.

El otro no contestó. Hizo un ademán con la mano izquierda y ordenó:

—¡Señorita, bájese el vestido hasta la cintura! Usted, señor Felan, la abrazará y la besaré, como si se dispusieran a... Bueno, figúrenselo, ¿eh?

Nellie se indignó.

—Pero ¿qué se han creído ustedes? ¿Por quién me han tomado? —gritó.

El pistolero se acercó a ella.

—¡Vamos, obedezca! —rugió—. Felan, abrácela...

—¿Y si me niego? —preguntó él, impasible.

—Si se niega, la mataré a ella. A usted, lo atontaremos de un buen golpe. La habitación está insonorizada y no se oirá el disparo. Luego vendremos y le encontraremos a usted, en compañía de un cadáver. Ella aparecerá con las ropas rasgadas. Todo el mundo verá que trató de forzarla, y que ella se resistió. ¿Se imagina el resto?

Nellie se volvió hacia Felan, con el rostro suplicante.

—Hagamos lo que dice, Tony. Una fotografía indiscreta no tiene ninguna importancia... Las mandíbulas de Felan se contrajeron.

—¡No! —replicó, resuelto.

Súbitamente, el pistolero se arrojó sobre la muchacha. Con la mano izquierda, rasgó sus ropas. Luego acercó el cañón del revólver a su cabeza.

—¡Tiene diez segundos para decidirse! —tronó.

Felan inspiró con fuerza. Luego se acercó a la muchacha.

—Perdona, Nellie...

Ella había cerrado los ojos. Desnuda hasta la cintura, estaba roja como una guinda y respiraba entrecortadamente.

—No hagas caso. Tony —murmuró.

El pistolero se había retirado un poco, a fin de permitir que el otro pudiera utilizar su cámara. Felan dio un paso y, de pronto, se situó junto a una mesita baja, que quedaba a su izquierda.

Bruscamente, movió el pie y proyectó la mesa contra el pistolero. El sujeto gritó y manoteó aparatosamente. Al caer hacia

atrás, perdió el arma.

El hombre de la cámara se desconcertó. Felan saltó hacia él y le asestó un terrible derechazo en la mandíbula, que lo proyectó sin sentido contra la puerta.

Revolviéndose con inaudita ferocidad, Felan se abalanzó sobre el primero, que gateaba en busca de la pistola vomitando terribles imprecaciones. Felan le golpeó en un costado con la punta del pie.

Se oyó un aullido de dolor. El pistolero rodó por el suelo, retorciéndose convulsivamente. Felan se inclinó sobre él, lo agarró con la mano izquierda por la pechera de la camisa y, tras levantarlo un poco, estrelló el puño contra su mandíbula. El hombre cayó fulminado.

Felan se volvió hacia la muchacha, jadeante, casi sin aliento. Nellie se había subido el vestido y lo sostenía con ambas manos.

—Podemos irnos —decidió el agente.

Ella asintió en silencio. Felan se acercó a la puerta y la abrió. En la sala de juego, todo parecía normal. Aparentemente, nadie se había percatado de lo ocurrido.

De pronto, Felan concibió una idea.

—Tienes que cobrar tres mil seiscientos dólares —indicó.

—No importa —contestó ella—. Vámonos, por favor...

—Sí importa —afirmó él—. Ven conmigo.

El cajero puso cara de miedo al verlos.

—Me lo... ordenaron... —se disculpó.

—La señorita había ganado tres mil seiscientos dólares. Pague —ordenó Felan, secamente.

—Está bien, señor.

Nellie recobró su dinero. Felan paseó la vista por la sala. Sus ojos brillaban de furor.

—Y pensar que hay quien permite esto...

De pronto, arrebató una ficha al cajero. El hombre no se atrevió a protestar.

Felan se acercó a la mesa de ruleta y puso la ficha al azar. La bolita se detuvo en otra casilla distinta. Entonces, lanzó una burlona exclamación:

—Ahora se comprende que nadie gane en este antro... ¡Usted —tronó, dirigiéndose al crupier—, quite su maldito pie de ese botón que es el freno de la ruleta! ¡Vamos, pronto, hijo de mala madre!

El sujeto puso una cara de asombro imponente. Sonaron exclamaciones de rabia entre los jugadores.

—¡Sí, tiene un freno! —gritó Felan—. Esta casa es una cueva de ladrones...

Uno de los jugadores, furioso, levantó la mesa y la volcó estrepitosamente. Otro empezó a golpes con el crupier.

Felan se percató de la tormenta que se iba a desencadenar y corrió a reunirse con Nellie. Algunos curiosos se asomaban desde las otras salas, sin comprender muy bien lo que ocurría.

Cuando ya estaban en la salida, Felan lanzó un agudo grito:

—¡Fuego, fuego!

En aquel instante, Belle Throne asomaba, por una puertecita disimulada que, sin duda, pensó Felan al verla, comunicaba con el Golden Moon. La alarma desencadenada por los gritos del joven policía provocó una estampida humana.

Belle resultó atropellada por la gente que trataba de huir de un imaginario incendio. Felan sintió una perversa satisfacción al verla derribada en el suelo, pero no podía entretenerse demasiado, ya que ellos también corrían el riesgo de ser arrollados por la multitud enloquecida.

Antes de un minuto, abandonaban el lugar. Al hallarse en el coche, a suficiente distancia, Nellie meneó la cabeza.

—Me parece mentira estar viva —exclamó.

Felan sonrió.

—Ha sido una noche muy movida, en efecto.

Luego endureció el gesto.

—Tengo que averiguar por qué querían gastarnos esa jugarreta —añadió.

—¿Qué harás, Tony? —preguntó ella.

Felan asió la mano de la muchacha.

—Lamento de veras lo ocurrido —manifestó—. No sé cómo disculparme, Nellie.

—Oh, no tienes culpa de nada. Fui yo la que quiso acompañarte... Probablemente, de haber ido solo, no habría ocurrido nada. Pero hubo un momento en que dabas miedo.

—Me puse muy furioso. Pensar en lo que querían hacerte... En lo que hicieron... Perdí la cabeza y eso es algo que no me gusta a mí mismo.

Felan guardó silencio un momento. Luego continuó:

—Mañana buscaré a Ankrum. Hablaré con él y le pediré que me cuente todo lo que sepa sobre Nader. También iré a ver a la señora Throne, pero tú no vendrás conmigo. ¿Lo has entendido?

—Sí, Tony, lo que tú digas —respondió ella, mansamente.

CAPÍTULO IX

—Me gustaría saber por qué no se ha hecho nada en el asunto de la casa de juego —dijo Felan al día siguiente—. Todo el mundo lo sabe en la ciudad, menos quienes deben sentirse más interesados en hacer que se cumpla la ley, es decir, nosotros.

Encima de la mesa del jefe Willebrandt había un montón de papeles, todos ellos con los informes de los policías que habían intervenido después del escándalo en la casa de juego. El rostro del jefe ofrecía claras muestras de preocupación.

—Yo lo sabía —admitió tristemente—. Pero no podía hacer nada. Alguien por encima de mí me obligaba a hacer la vista gorda. ¿Qué podía hacer, muchacho? Uno tiene que pensar en la familia, los hijos, el pan de cada día, la pensión de retiro... Además, nunca ocurría nada. Si robaban a los clientes, nadie se quejaba, ninguno formulaba una denuncia...

—Está bien —contestó el joven, algo más calmado—. Pero, supongo que, a partir de ahora, se ha acabado el negocio. Usted ha dispuesto la clausura de la casa de juego y se va a iniciar un proceso contra su dueña.

—El proceso está en marcha. El propio fiscal se encarga de todo, Felan.

—Perfectamente. Ahora me gustaría saber por qué la señora Throne tiene tanto empeño en que no haga nada. Por mucho que le diga, yo no estaba borracho el día en que sus matones me provocaron. Y si le cuento lo que querían hacernos anoche, se le pondrían los pelos de punta, se lo aseguro.

—¿Qué querían hacerle, muchacho?

—Prefiero no contarle, señor. A fin de cuentas, no tiene gran relación con lo que pasó... y usted ha conseguido lo que deseaba y

no podía hacer, esto es, cerrar la casa de juego. Bueno, hablando de otra cosa: ¿le suena el nombre de Ankrum?

—Sí, un detective privado, muy eficaz y competente. ¿Por qué me lo pregunta?

—Tengo que hablar con él. Sabe muchas cosas de Hunt Nader, y éste anduvo mezclado en el caso Arpad. Pienso que este asunto está relacionado con los cinco asesinatos. Voy a llegar al fondo, ¿me comprende, señor?

Willebrandt se inclinó hacia delante.

—Siga así, muchacho —exhortó—. Estoy seguro de que usted resolverá el caso y encontrará al criminal. Y, contra lo que piensen más de uno, creo que acerté al encargarle de este caso.

Felan miró sorprendido a su jefe.

—Parece que ha cambiado de opinión, ¿eh?

—La verdad es que usted ha cometido algunos errores, pero siempre pensé que podría llegar a ser un buen policía. Lo que sucede es que yo tengo el genio muy vivo y no siempre acierto a contenerme.

—Bueno, eso no tiene importancia. ¿Algo más, jefe?

—¿Ha dicho que iba a ver a Ankrum?

—Sí, señor.

—Se llama Jess, y tiene la oficina en la Octava. No sé el número, pero se lo dirán en el archivo. Algunas veces ha colaborado con nosotros, y siempre lo hizo muy bien.

—Gracias, señor.

Willebrandt levantó un dedo.

—Este asunto le va a costar muy caro a la señora Throne, téngalo por seguro —anunció.

Una hora más tarde, Felan llamaba a la puerta de la oficina del detective. Una secretaria le comunicó que había salido y que, seguramente, no regresaría hasta la noche.

—Dejaré su mensaje en una grabadora —manifestó la empleada.

—Gracias. Yo llamaré más tarde o vendré en persona. Adiós.

Al salir, Felan vaciló un momento acerca de lo que debía hacer. De súbito, se le ocurrió una idea.

Con la sonrisa en los labios, se encaminó al Golden Moon.

Aunque el local no estaba abierto al público, la puerta, entreabierta, indicaba que se podía pasar al interior. Felan cruzó la sala, en la que trabajaban algunos empleados de ambos sexos, poniendo todo en orden, y se dirigió al despacho de la dueña. Cuando abrió la puerta, ella, sentada tras la mesa, alzó la cabeza y le dirigió una furiosa mirada.

—No tienes por qué estar enojada conmigo —reprochó Felan—. En todo caso, sería yo el que tendría motivos contra ti.

—Me destrozaste la casa de juego; la han clausurado, voy a ser procesada... ¿Quieres que te reciba lanzando gritos de júbilo?

Felan se sentó en un ángulo de la mesa.

—¿Qué tienes contra mí? Yo no te hice jamás nada. Es más, estaba a punto de resolver el caso Arpad, pero alguien movió unos hilos invisibles y me enviaron a patrullar las calles de uniforme. Declaraste falsamente que estaba borracho; anoche, dos de tus sicarios intentaron jugarme una mala pasada, tomando unas fotografías comprometedoras... Se trata de una chica muy decente, que jamás se prestaría a hacer porquerías. ¿Por qué, Belle?

Ella se mordió los labios.

—Tú no lo comprenderías —respondió, evasiva.

Felan se inclinó un poco hacia la mujer.

—¿Por qué no intentas desahogarte? Yo te ayudaría de muy buena gana. Si tienes problemas, tal vez explicándome lo que te sucede, podrían arreglarse las cosas...

—¡Arreglarse las cosas! —gritó Belle, descompuesta—. Lo que me hiciste anoche me va a costar un ojo de la cara...

—¿El izquierdo? —sonrió Felan.

A pesar del maquillaje, Belle tenía señales de un golpe en la región mencionada. Las palabras del joven aumentaron su furor.

—¡Será mejor que te largues! —vociferó—. Vete o no respondo de mí, ¿me oyes?

Felan arrugó el entrecejo.

—Diríase que no tienes interés en que se resuelva el caso Arpad.

—El asesino ya murió. Con eso tengo bastante.

—¿Te refieres a Donovan? Pero él no lo hizo por propia iniciativa. Era un asesino profesional. Alguien le pagó por liquidar a Arpad.

—No quiero seguir hablando...

—Belle, estuve hablando con Nader. Me contó algunas cosas.

—Nader era un estafador. Pude verlo a tiempo. Su palabra no tiene ningún valor para mí.

—En ciertos asuntos, desde luego. Pero un policía sí puede dar crédito a algunos de sus informes. Sabe más de lo que parece, ¿comprendes?

—¿Fue él quien te dio el soplo de mi casa de juego?

—No acostumbro a revelar el nombre de mis fuentes de información, Belle —sonrió el joven.

—Cuando pesque a Nader por mi cuenta...

—Belle, ¿a qué pez gordo pagabas un importante porcentaje de tus beneficios?

El rostro de la mujer adquirió la coloración de la púrpura.

—¿Por qué no te largas de una vez? —barbotó.

Felan se apeó de la mesa.

—Empiezo a sospechar que tu doliente actitud por la muerte de Arpad no era sino una tapadera. ¿Qué hacía realmente Arpad? ¿Cuáles eran sus proyectos?

—Tenía demasiada ambición, es cierto, pero me quería.

—De todos modos, tú no lamentaste demasiado su muerte. Yo diría que, a pesar de todo lo que hiciste y llegaste a declarar, te sentiste muy aliviada cuando desapareció, ¿no es cierto?

Belle remoloneó un poco.

—Las cosas ya no iban bien entre nosotros —admitió de mala gana.

—Pero tenías que cubrir las apariencias, ¿verdad?

—Hay cosas que no le importan a la gente. Mostrarme satisfecha, hubiera sido tanto como demostrar mi fracaso.

—Fracaso sentimental, claro.

—¿Podía ser de otra clase? —replicó ella, desabridamente.

—Belle, tú eres una mujer de mucha experiencia, endurecida por la vida. No me vengas con el cuento del fracaso exclusivamente sentimental. Arpad quería algo más, y tú no sabías cómo impedirlo. El hombre que ordenó su muerte, te liberó de un gran problema, ¿no es así?

—Empiezas a cansarme, sargento. Vete ya de una vez...

—Con todo lo que ves y oyes, y las confidencias que te hacen, ¿no has conseguido averiguar todavía el nombre del tipo que pagó a

Donovan para matar a Arpad?

—Bueno, a veces pienso que fue Pawson... ¿Por qué no hablas con la viuda? Ella sabe muchas cosas; en realidad, llevaban juntos el negocio... Y si no, ¿por qué te crees que alguien intentó matarla?

—Puede que vaya a verla de nuevo —contestó Felan—. Pero, recuerda, tú también sabes muchas cosas. De lo contrario, no tratarías de poner continuamente palos en las ruedas de mi carreta.

El agente comprendió que Belle ya no diría nada más y se dispuso a abandonar el local.

Ella le llamó cuando ya alcanzaba la puerta.

—Sargento...

—Sólo soy agente, no tengo graduación.

—Bueno, lo mismo da.

—Si te facilitase ciertos informes muy interesantes, ¿me ayudarías?

—¿Ayudarte? ¿En qué? —se asombró él.

—Voy a ser procesada. Tú podrías hacer algo en tu declaración ante el fiscal.

—Te pedirá que le digas quién es la persona que te otorgaba su «protección».

—Eso no puedo decirlo, Tony.

—Tú verás —replicó él—. Sin conocer esos informes no me comprometo a nada.

Belle se mordió los labios. De pronto, agitó una mano.

—Vete —exclamó—. Olvida lo que acabo de decirte. No sé nada, ¿comprendes?

Felan la miró fijamente.

—Tienes miedo —adivinó—. Cuando lo hayas superado, avísame. Te ayudaré y tú también a mí.

Belle guardó silencio. El joven comprendió que la entrevista había terminado y abrió la puerta.

Ahora iría a ver a Ankrum, el detective privado. Tenía que obtener el máximo de informes sobre Hunt Nader.

Presentía que estaba cada vez más cerca de resolver el misterio, aunque sabía que le faltaba algo y no acertaba a saber qué podía ser.

Ankrum no pudo facilitarle ningún informe sobre Nader. Cuando llegó a su oficina, se lo encontró muerto.

CAPÍTULO X

—Alguien le pegó un tiro y nadie vio entrar y salir al asesino, porque era una hora relativamente avanzada y el edificio estaba prácticamente desierto —reveló Felan al día siguiente, mientras saboreaba una cerveza en el jardín de la residencia de Nellie—. Interrogué al conserje, pero me dijo que había estado atendiendo una avería en el aire acondicionado y que dejó el vestíbulo solo unos minutos.

—Por lo visto, Ankrum sabía algo verdaderamente comprometedor —opinó la muchacha—. Pudo ser Nader, ¿no te parece?

—Tal vez, aunque no lo creo.

—¿Por qué?

—Nader es de la clase de hombres que buscan el dinero con trucos, pero no emplean la violencia jamás. Piensa en la estafa que quería hacer a la señora Throne; fracasó, pero no fue a la cárcel, cosa que le habría sucedido indefectiblemente si la hubiese robado pistola en mano.

—Bien, descartemos a Nader —dijo Nellie—. Entonces, ¿quién pudo ser?

—Muerto Donovan, tuvo que hacerlo alguien que sabía era necesario hacer callar a Ankrum. A Nader, desde luego, le beneficia su muerte, pero no le creo capaz de ordenarlo, aunque tampoco habría levantado un dedo para salvarle. Nellie, resulta todo tan enrevesado... —exclamó él, repentinamente desanimado.

Ella puso una mano sobre la de Felan.

—No desmayes —aconsejó—. Acabarás por resolver el enigma, y si lo piensas un poco, yo diría que todo está relacionado entre sí: la muerte de Arpad, las de esas cuatro personas a las que la ley no

podía castigar, su abogado, Ankrum... ¿Has investigado los rumores que hablan de un grupo de personas que decidieron ejecutar por sí lo que la justicia no logra hacer?

Felan se pellizcó la mandíbula inferior.

—Si he de ser sincero, no he hecho mucho en ese sentido —respondió.

Nellie le miraba como para darle ánimos. De pronto, Felan sacudió la cabeza.

—Voy a hacer una cosa —anunció.

—¿Sí, Tony?

—Revisaré a fondo el despacho de Ankrum. Tal vez allí encuentre algo, aunque los colegas de homicidios ya lo han hecho. También hablaré con la secretaria de Ankrum; puede que me diga algo interesante. ¿Qué te parece?

—¿Me lo consultas a mí? —sonrió Nellie—. Tú eres el experto. Tony.

—Todo Sherlock Holmes tiene su doctor Watson —recitó él, de buen humor.

—Ah, me has asignado ese papel...

Los ojos de Felan escrutaron penetrantemente el hermoso rostro de la muchacha. «Te asignaría otro infinitamente más agradable, pero no me hago ilusiones», pensó.

El mayordomo se acercó inesperadamente.

—Señorita...

Ella alzó la cabeza.

—Diga, Regis.

—Con el permiso de la señorita. Hay un caballero que desea hablar con el señor Felan.

El joven se sintió sorprendido por la noticia.

—No he dicho a nadie que...

—Disculpe, señor —le interrumpió Regis—. Es el jefe Willebrandt.

—Oh, siendo así...

—¿Le habías dicho que estarías en mi casa, Tony? —preguntó Nellie.

—No, en absoluto.

—Puedes recibirle en el gabinete privado de mi padre.

—Prefiero aquí. No tengo nada que ocultar, Nellie. Regís, hágale

pasar, por favor.

El mayordomo se inclinó ligeramente.

—Bien, señor.

Instantes después, Willebrandt llegó, caminando a grandes zancadas. Bajo sus espesas cejas, los ojos brillaban fieramente.

—Hola, Felan —saludó—. Pasaba por aquí y se me ocurrió entrar a decirle una cosa... Con el permiso de su bella acompañante, por supuesto.

Felan se había puesto en pie.

—Nellie, te presento al comisario Willebrandt. Señor, ella es Nellie Dowick, una buena amiga mía —dijo.

Willebrandt tomó un instante la mano de la muchacha.

—He oído hablar mucho y muy bien de su padre, señorita Dowick. En cuanto a usted, me siento complacido de conocerla personalmente. Para un hombre maduro, siempre resulta reconfortante la visión de una joven bonita y radiante de belleza.

Felan se sentía sorprendido. Jamás había oído hablar a Willebrandt de semejante manera. Claro que él no era Nellie ni tampoco ella había sufrido encontronazos con el jefe.

—Es usted muy amable, comisario —respondió la muchacha—. ¿Me permite que le invite a algo de beber o va a decirme que está de servicio?

Willebrandt se echó a reír.

—Lo que está de servicio permanente es mi úlcera, señorita —contestó, jovial—. Gracias por la invitación, pero no puedo aceptarla. —Se volvió hacia el joven—: Felan, el fiscal quiere verle mañana, en relación con el asunto del escándalo en la casa de juego. No deje de acudir; es muy importante.

—Procesarán a la señora Throne, supongo.

—Sí, aunque se librará de la cárcel, mediante una buena fianza. Será multada cuando la juzguen...

—Se tendría que encontrar al hombre que le otorgaba su «protección», señor.

—En eso están los hombres de la brigada del vicio; no se preocupe, muchacho.

Willebrandt se enfrentó de nuevo con Nellie.

—Señorita, tengo que hacer una llamada urgente —manifestó—. Si me permitiera...

Ella extendió una mano.

—Le acompañaré al gabinete privado de mi padre —ofrecióse.

Nellie y el comisario desaparecieron, pero ella regresó antes.

—Está muy bien enterado de todos los pasos que das —sonrió—. ¿Le habías dicho algo sobre nuestra relación?

—No, aunque me imagino que tendrá sus espías propios... No sería un buen jefe si no lo hiciera —respondió Felan.

—¿Lo harás tú cuando ocupes su puesto algún día?

Felan se echó a reír.

—Ese día está a treinta años de distancia, si por casualidad decido seguir en la policía —dijo—. Con franqueza, no me hago ilusiones acerca de mi futuro en el cuerpo.

—Eres poco optimista con respecto a ti mismo. Deberías ser un poco más emprendedor, me parece. O ambicioso, como prefieras.

—Quizá es que todavía no he sabido encontrarme a mí mismo. De todos modos, creo que podré decirte algo cuando todo esto haya concluido.

Nellie se le acercó de pronto.

—¿Qué me dirás, Tony? —preguntó anhelante.

Felan se turbó.

—Pues... no sé... Es preciso esperar, ¿sabes? Yo... todavía no... Un súbito carraspeo les interrumpió.

—Ejem... Perdonen —dijo Willebrandt—. He terminado ya y... Le quedo muy agradecido por su amabilidad, señorita Dowick. Felan, no deje de ir mañana a la oficina del fiscal.

—Iré, señor —prometió el joven.

Willebrandt se marchó y ellos quedaron nuevamente a solas.

—¿Te quedas a almorzar conmigo, Tony? —consultó Nellie.

—Otro día. Hoy... tengo trabajo...

Felan se marchó rápidamente. Presentía que su relación con la muchacha podía llegar a más, y se daba cuenta claramente que no era sensato hacerse ilusiones. «No quiero hinchar un globo que puede pincharse en el momento menos oportuno», pensó.

Cuando terminase todo, se separarían y cada uno seguiría su vida propia. Era lo lógico, lo único que se podía esperar, y resultaría absurdo pensar en que aquella relación pudiera profundizar hasta convertirse en algo definitivo.

Estuvo por la mañana en la oficina del fiscal, quien no parecía sentirse demasiado entusiasmado por el caso. Felan dedujo que el fiscal no iba a obtener precisamente un éxito que reforzase su prestigio.

Había algo más que le preocupaba y eran los asesinatos cometidos. El escándalo de la casa de juego era una minucia comparada con tantas muertes violentas.

Una vez hubo despachado, salió a la calle y se dirigió directamente a la oficina de Ankrum. Una mujer ya algo madura, de ojos todavía llorosos, le recibió de inmediato.

—Soy el agente Felan —se presentó—. Deseo hablar con usted, señora...

—Heyle, Dinah Heyle —respondió ella—. Pero ya he hablado con sus compañeros, agente.

—Disculpe. Soy investigador especial. He leído, por supuesto, sus declaraciones, pero desearía hablar con usted personalmente. Tal vez pueda decirme algo que olvidó ayer, sin duda, afectada por el suceso. De todos modos, si no se encuentra en condiciones, volvería en otro momento, señora Heyle.

—No, no será necesario. Pase, por favor.

Dinah le condujo hasta el despacho de Ankrum y le indicó una silla. Felan aguardó a que ella se hubiera sentado, para hacer lo mismo.

Felan se sentía un tanto intrigado de que la mujer apareciese todavía tan dolorida por la muerte del detective. Ella andaba ya por los cuarenta años y, en circunstancias normales, habría tenido un aspecto mucho más agradable.

De pronto, comprendió lo que sucedía.

—Señora Heyle, usted y él...

Dinah se echó a llorar de pronto, escondiéndose la cara entre las manos. Felan, discreto, aguardó a que ella se hubiera desahogado. Cuando vio que se sentía un poco mejor, le tendió su propio pañuelo.

—No tenga prisa, señora —dijo suavemente—. Procure dominarse. Ya me imagino que es fácil decirlo, pero ¿qué otra cosa podría hacer yo?

Dinah alzó los ojos repentinamente, con el pañuelo en la mano.

—Encuentre al asesino, es lo único que le pido —exclamó, casi furiosa—. Jess y yo nos amábamos. Ya sé, él andaba por los cincuenta y yo tengo cuarenta y uno. Soy casada, aunque separada desde hace varios años. No me avenía con mi esposo y decidimos separarnos amistosamente por algún tiempo. Precisamente ahora había pensado en el divorcio, a fin de unirme legalmente a Jess... pero no ha podido ser...

—Lo lamento infinito, señora Heyle. Me gustaría poder ayudarla, se lo aseguro.

—Lo único que puede hacer es encontrar al asesino —insistió ella.

—Pero usted tiene que ayudarme. ¿Por qué lo mataron? Si la relación entre los dos era muy profunda, a la fuerza él tenía que contarle muchas cosas de las que averiguaba por su profesión. ¿Sospechó que podía ser asesinado?

Dinah vaciló un poco.

—La verdad es que no se sentía muy tranquilo en los últimos tiempos —contestó—. Decía que estaba investigando un asunto que, de hacerse público podía provocar una verdadera conmoción en la ciudad.

—¿No le dijo algo más, señora?

—Bueno, mencionó algo sobre un grupo de personas, que se habían reunido para aplicar la ley por su cuenta. Pero no dio muchos detalles... Si quiere que le diga la verdad, yo no le hacía demasiadas preguntas cuando le veía muy preocupado. Sabía que, tarde o temprano, me lo contaría todo, así que prefería esperar. Pero ahora, no tuvo tiempo... No le dejaron...

Felan se pellizcó el labio inferior.

—Tengo entendido que Ankrum era un hombre honesto. Pero también, por su profesión, debió de crearse enemigos.

—No, no los tenía como para que alguno de ellos deseara su muerte.

—Acaso un tal Hunt Nader...

Dinah hizo un gesto de desprecio.

—Es un sujeto absolutamente detestable, un estafador, que sólo quiere sacar dinero a las personas, aunque nunca se mezcló en asuntos violentos. No era su forma de actuar, me dijo Jess en más

de una ocasión.

—¿No mencionó otros nombres en relación con esa supuesta conspiración?

—No. Sólo dijo que eran gente importante de la ciudad, algunos, situados en puestos muy elevados. Personas de gran relieve, de elevada categoría social en todos los sentidos. Esto es cuanto puedo decirle, señor Felan.

—Pero Ankrum tomaría notas, haría apuntes, en fin, escribiría datos de lo que averiguase y lo guardaría en alguna parte —sugirió Felan.

—En este asunto, no, todavía no había averiguado lo suficiente. Esperaba a conseguir datos definitivos.

—Lo comprendo, aunque se me ocurre una cosa, señora Heyle. Si lo asesinaron por este caso, ¿no cree que alguien se enteró de lo que hacía y decidió suprimirlo para evitar que un día pudiera hablar?

Dinah se puso rígida.

—Es muy posible —admitió.

—¿Sólo posible, señora?

Ella se puso las manos en la frente.

—Hace tres o cuatro días... habló por teléfono con alguien... Yo no escuché bien lo que decía; estaba pasando a limpio los resultados de una investigación, junto con la minuta de honorarios... Le oí decir que eran cinco y una mujer...

—¡Una mujer! —exclamó el joven vivamente.

—Sí, de eso estoy absolutamente segura, aunque no escuché ningún nombre.

—¿Ningún nombre de hombre o de mujer?

—De ninguna clase, señor Felan.

—Y no sabe tampoco con quién hablaba.

Dinah volvió a reflexionar.

—El no hizo la llamada, le llamaron desde el exterior. También le oí decir que no era su estilo... Estoy segura de que se refería a que no quería hacer chantaje a esas personas...

—Diríase que se lo propuso el comunicante, ¿no le parece?

—Sí, eso es lo que yo pensé. Pero una vez que le dijo se negaba a aceptar su proposición, colgó el teléfono y ya no me preocupé más del asunto.

—Comprendo. —Felan se puso en pie—. Gracias por todo, señora. Y, una vez más, le ruego disculpe las molestias.

—Procure capturar al asesino, es todo lo que le pido —apremió ella.

Felan salió a la calle. Los rumores sobre la conspiración tomaban cuerpo.

Ya sabía algo más: cinco hombres y una mujer.

¿Quién era ella?

—Sólo puede ser una —se respondió a sí mismo.

CAPÍTULO XI

El Golden Moon estaba abierto. Pronto empezaría la animación. Los clientes llegarían, acaso atraídos por la morbosa curiosidad de ver a una mujer acusada de quebrantar las leyes sobre el juego. Belle se reharía, desde luego, pensó Felan, a la vez que, sin pedir permiso, se colocaba en el despacho de la dueña del local.

Belle frunció el ceño al verle. Luego, sonriendo irónicamente, le señaló la esquina de la mesa.

—Tu asiento favorito —dijo.

Felan se sentó sin pestañear.

—Ahora han vuelto a poner en funcionamiento otra clase de asientos: la silla eléctrica, por ejemplo —contestó.

—No soy una asesina —se defendió ella.

—Mientras no se pruebe que lo eres realmente.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? Ahora eres capaz, incluso, de acusarme de haber ordenado matar a Arpad.

—No me refería a Arpad, aunque este asunto creo está relacionado con ese crimen. Estoy hablando de cierta conspiración, tramada por seis personas, a fin de matar a unos cuantos individuos que no podían ser castigados por las leyes. El último fue Pawson, aunque también esos conspiradores añadieron a la lista al abogado que defendió a los cuatro en sus procesos y consiguió la absolución de todos ellos.

—He oído rumores, pero no sé nada a ciencia cierta. Y no estoy relacionada en absoluto con ese asunto, ¿me oyes?

—A Valerius Arpad lo mataron porque era demasiado ambicioso. Y tú lo querías y juraste vengar su muerte...

—Me consolé bien pronto con Nader, ¿no lo recuerdas?

—Nader resultó un tipo fresco, que sólo quería tu dinero. Arpad

pudo ser el hombre de tu vida, pero tú no eres mujer capaz de guardar luto eternamente al amado muerto. Además, las muertes de esos cuatro individuos eliminaban una muy fuerte competencia, aparte del peligro que suponía para ti someterte algún día a su «protección»... Y no me refiero a la clase de protección que te otorgaba el que permitía ilegalmente el funcionamiento de tu casa de juego. ¿De veras no tienes nada que ver con ese asunto?

Belle levantó solemnemente la mano derecha.

—Lo juro —contestó.

Felan se apeó de la mesa.

—Sabes dónde encontrarme. Avísame si has cambiado de opinión.

—Para cambiar de opinión tendría que ser culpable y no lo soy, ¿me entiendes? —Resaltó ella, exasperada.

Felan emitió una risa pretendidamente siniestra. Sin dejar de mirarla, se encaminó hacia la puerta, pero no advirtió que seguía una ruta equivocada y, de pronto, se encontró con la mesita de ruedas de los licores.

Belle se estremeció al oír aquel horrible estrépito. Felan dio la voltereta completa y se levantó como pudo, arreglándose la ropa maquinalmente, mientras ponía cara de circunstancias.

—Perdona, no me di cuenta...

Ella tendió un brazo hacia la puerta.

—¡Vete, vete! —rugió descompuesta—. Sal ahora mismo de aquí o no respondo de mí.

El investigador se apresuró a poner la puerta entre él y la irritada dueña del local. Apenas se quedó sola, Belle cerró con doble vuelta de llave y luego corrió hacia el teléfono.

Estaba terriblemente nerviosa. Marcó un número, se equivocó, el dueño del otro teléfono dijo algo grosero y ella le contestó con una tremenda palabrota. Al fin, consiguió marcar el número correcto.

Esperó, ardiendo de impaciencia, hasta que oyó una voz masculina:

—¿Sí? ¿Quién...?

—Belle Throne. Escuche, creo que ese estúpido Felan anda por el buen camino... que sería el malo para nosotros. Hay que hacer algo, ¿me oye?

—No soy sordo —contestó el otro fríamente—. Belle, voy a

convocar una reunión para esta noche, después de las doce. Rendición de cuentas y disolución de la sociedad, ¿entendido?

—Sí, pero ¿qué pasará con Felan?

—Deje que yo me encargue de ese imbécil. No se preocupe, Belle, todo saldrá bien.

—Ojalá sea como dice —suspiró ella, un segundo antes de dejar el teléfono de nuevo en la horquilla.

Para tranquilizarse, tomó un trago. Luego se atusó los cabellos, se estiró la falda con las dos manos y caminó hacia la puerta, con la sonrisa en los labios. Había que atender a los clientes y debía ofrecer una apariencia de absoluta normalidad.

* * *

Situado en un lugar discreto, de modo que pudiera ver sin dificultad el Golden Moon, Felan aguardaba pacientemente.

Presentía que aquella noche iba a suceder algo importante. No le importaba esperar todo el tiempo que fuese necesario. Tenía la seguridad de que Belle estaba mezclada de alguna manera con todos aquellos crímenes, y quería resolver el caso lo antes posible.

Todo parecía tranquilo. La gente entraba y salía continuamente del local. Había una animación mayor de lo corriente. Felan sabía a qué era debido.

El escándalo en la casa de juego y las secuelas consiguientes de publicidad y declaraciones del fiscal sobre el procesamiento de Belle Throne, habían atraído a la parroquia. Bien, se dijo, pero, inevitablemente, llegaría el momento en que Belle tendría que cerrar el local.

Ella vivía en otro lugar. Siempre salía acompañada por los guardaespaldas, que le escoltaban, a fin de llevar la recaudación a su apartamento, en el que había instalado unas excepcionales medidas de seguridad. Haría lo mismo aquella noche.

A partir de las doce, los clientes empezaron a abandonar el Golden Moon. Poco a poco, la explanada donde estacionaban los coches iba quedándose vacía.

Al final, sólo quedaron seis automóviles. Felan se dio cuenta de que, incluso los guardaespaldas se habían marchado.

—Si quedan seis coches, es que los seis conspiradores están ahí

adentro —dedujo.

La puerta del local estaba cerrada y las luces exteriores se habían apagado ya. Felan dio un paso hacia delante, irresoluto. ¿Debía entrar y sorprenderlos?

¿Qué dirían los conspiradores en tal caso?

En primer lugar, sin orden judicial, cometería un acto ilegal. Los conspiradores dirían que se trataba de una reunión entre amigos. Probablemente, hasta tendrían preparada una excusa. La celebración de cualquier fecha propicia para alguno de ellos...

Pero tenían que salir, y reconocería a alguno. Seguiría al que le pareciese más conspicuo y procuraría interrogarle. No, no podía abandonar, ahora que creía tener el caso práctica mente resuelto.

En el reservado, los seis conspiradores estaban congregados en torno a la mesa. Belle no se había tranquilizado todavía.

—Ese maldito policía está metiendo las narices en todo —dijo—. Si no tomamos medidas pronto, se destapará todo el pastel.

—Además —intervino otro—, el asunto está prácticamente resuelto. A menos que el jefe tenga que añadir algún nombre a su lista.

—No, ninguno. Como ha dicho el colega, el asunto está resuelto. Sólo falta disolver la... sociedad y olvidarnos de todo lo que se ha hablado.

—¿Quedará algún rastro que pueda comprometernos? —quiso saber un tercero.

—No. Ninguno. No quedará el menor rastro. Todo ha sido realizado a la perfección. Jamás, nadie nos relacionará con las muertes justas de cinco canallas que no merecían vivir. La ciudad estará mucho más tranquila a partir de este momento. Ah, por cierto, olvidaba una cosa.

Cinco pares de ojos se clavaron en el impassible rostro del presidente de la reunión quien, como los restantes, con la sola excepción de Belle, estaba enmascarado. Todos, asimismo, vestían los mismos trajes, de un color gris idéntico y corbatas del mismo dibujo.

—Ustedes me confiaron una suma para gastos, y debo rendir cuentas y devolver los sobrantes. Disculpen este pequeño contratiempo, pero olvidé los documentos en el coche. Podrán examinarlos aquí mismo, dar su conformidad o, en caso contrario,

formular las objeciones necesarias, y después quemaremos esos papeles en este mismo lugar. Si les parece bien, naturalmente.

—No hay inconveniente —respondió Belle.

—Ha sobrado más dinero del calculado. Puesto que nadie nos relaciona con el asunto, he firmado sendos cheques, por cantidades iguales para todos. Aguarden unos momentos, traeré todo enseguida.

El presidente se levantó y abandonó la estancia. Uno de los presentes reparó de pronto en un maletín de ejecutivo que había dejado en el suelo, junto a su silla.

—Se ha olvidado su portafolios.

—Debe de contener documentos propios de su cargo —supuso otro—. Lo nuestro estará aparte, como es lo lógico.

Belle se puso en pie.

—Caballeros, si pueden tomar un trago con las máscaras puestas, me gustaría muchísimo invitarles a una copa de champaña.

—Esperemos al «director» —propuso uno de los presentes.

—Muy bien, como gusten.

Fuera, Felan empezaba a acercarse al Golden Moon, cuando, de pronto, vio salir a un hombre.

Inmediatamente retrocedió hasta la protección de las sombras. La distancia era relativamente grande para poder apreciar sus facciones. No obstante, le pareció que el rostro brillaba de una manera inusual.

El sujeto caminaba muy rápido, como si tuviera prisa. Se acercó a uno de los automóviles, entró y, tras sentarse en el asiento del conductor, dio el contacto.

El vehículo arrancó de inmediato. Felan observó que par tía con las luces apagadas.

—Si se encuentra con una patrulla de tráfico, le va a costar caro —murmuró.

El coche dio la vuelta en la avenida y pasó a ocho o diez pasos del lugar donde estaba el joven. Felan trató de captar detalles de las facciones del conductor. El rostro, aunque no veía muchos detalles, le pareció completamente inexpresivo.

—¿Una máscara?

Procuró fijarse en la mandíbula, pero la luz no era suficiente y el automóvil, por otra parte, aumentaba rápidamente la velocidad.

Felan se dijo que tendría que prepararse para cuando saliese otro de los conspiradores.

Resultaría conveniente situarse en el estacionamiento, escondido detrás de algún coche. Podría captar más detalles y...

Con grandes precauciones, inició el cruce de la avenida. Estaba a la mitad del trayecto, cuando, de repente, vio surgir un colosal chorro de llamas del edificio.

Una espantosa detonación sacudió sus tímpanos. Fragmentos de todas clases volaron por los aires, con estruendo apocalíptico. Felan se tambaleó, aturdido, aunque se daba cuenta de que no estaba herido. Los restos de la explosión empezaron a caer por todas partes y, con paso inseguro, aunque rápido, dio media vuelta y trató de apartarse de aquel lugar de destrucción y muerte.

Para protegerse mejor, se subió la chaqueta, cubriéndose la cabeza. El ruido de los fragmentos que caían parecía no tener fin.

Una de las paredes del edificio se derrumbó de pronto con tremendo estrépito. Cuando se creyó en lugar seguro, Felan se volvió y, boquiabierto, contempló los resultados de la explosión.

La mayor parte de la techumbre se había derrumbado. Nubes de humo y de polvo subían a las alturas. Algunas llamas surgían de los boquetes abiertos por la explosión en la estructura del edificio.

Dentro no podía quedar nadie con vida, se dijo. Pero, no obstante, su deber era procurar ver si había supervivientes. No hacía falta que llamase a las patrullas nocturnas; el ruido de la explosión se habría oído en varias millas a la redonda y pronto acudirían los primeros policías.

Corriendo, atravesó la avenida y llegó a la puerta del Golden Moon, arrancada de cuajo por la explosión. La humareda en el interior era intensísima, aunque, en ocasiones, se veía atravesada por algunas llamaradas. Pero las corrientes de aire, provocadas por las ventanas destruidas, empezaban ya a disipar el polvo y el humo, y la visibilidad mejoraba rápidamente.

Protegiéndose la cara con el brazo izquierdo, avanzó unos pasos. De repente, oyó un estruendo aterrador y dio un salto hacia atrás.

Parte del primer piso acababa de derrumbarse. Nubes de polvo blanco emergieron de nuevo de aquellas ruinas. Felan oyó sirenas policiales y se arriesgó a dar unos pasos en el interior.

La estructura de la escalera que conducía al primer piso se

conservaba relativamente bien. De pronto, uno de los peldaños cedió con gran estruendo.

Un cuerpo humano, horriblemente destrozado, con evidentes señales de quemaduras causadas por la explosión, rodó hasta abajo. El fogonazo del estallido le había dejado sin cabellos. Pero aún pudo reconocer las deformadas facciones de la dueña del local.

Cuatro personas más habían tenido que morir allí, puesto que no las había visto salir. El autor, no le cabía duda, era el primero a quien había visto abandonando el Golden Moon.

Pero no había sabido reconocerlo.

¿Quién era?

CAPÍTULO XII

El médico salió y movió la cabeza afirmativamente.

—Puede pasar, pero no le atosigue —dijo—. Ha sufrido un *shock* terrible y, aunque físicamente está bien, se siente muy deprimido. Por eso le he recomendado una temporada de descanso absoluto en el campo.

—Comprendo —sonrió Felan—. Gracias, doctor.

Se sorprendió al ver a Willebrandt en pie, metiendo algunos papeles en un portafolios. El jefe le dirigió una triste mirada.

—Todos eran grandes amigos míos —dijo—. Me he llevado una decepción terrible al saber que eran los conspiradores. Estoy abrumado...

—Lo siento infinito, señor.

—Gracias, Felan. Usted es un buen policía, aunque haya padecido algunos errores. No se desanime; llegará muy alto algún día.

—Gracias, señor. ¿Puedo ayudarle en algo?

Willebrandt meneó la cabeza.

—No, se lo agradezco mucho, pero tengo necesidad de unos cuantos días de absoluto reposo. Me iré al campo y procuraré rehacerme de este espantoso golpe. Confiaba en ellos, eran mis mejores amigos y me traicionaron vergonzosamente...

—Debe de ser horrible, en efecto, señor.

El jefe emitió una ligera sonrisa.

—Mi puesto será ocupado accidentalmente por el capitán Towers, de acuerdo con el alcalde, con quien he hablado hace unos minutos. Towers está enterado de lo que hacía usted y le prestará toda su ayuda para que culmine su misión con éxito.

—Haré lo que pueda, señor —prometió Felan.

Willebrandt terminó de cerrar el portafolios y agarró una pequeña maleta. Felan se precipitó a ayudarlo.

—Deje, yo se lo llevaré hasta el coche.

—Gracias, muchacho, es usted un tipo estupendo.

Willebrandt cogió también una máquina de escribir portátil, con su funda de cuero. —Tengo algo de correspondencia personal atrasada— explicó—. Procuraré ponerme al día durante las vacaciones.

—Eso le distraerá, sin duda —sonrió el joven.

El coche de Willebrandt arrancó enseguida. Felan permaneció unos momentos en la acera y ya se disponía a entrar de nuevo en el edificio, cuando, de pronto, oyó el frenazo de un coche que se detenía bruscamente junto a la acera.

Asombrado, pero también enojado por lo que consideraba una falta del conductor, se volvió, justo a tiempo de ver a Nellie, que saltaba a tierra precipitadamente.

La joven parecía muy agitada. Sus ojos brillaban de un modo extraño, pero muy distinto a lo habitual.

—Tony, tengo que decirte algo muy importante —exclamó ella—. Es terriblemente urgente... pero no querría hablar en la calle.

Felan asió su brazo.

—Vamos a mi despacho, allí podrás decir todo lo que quieras, con absoluta tranquilidad. Cuando iban a entrar, encargó a una mujer policía que trajera café. Luego hizo que Nellie tomara asiento y se apoderó de sus manos.

—Estás en un apuro y yo deseo ayudarte con todas mis fuerzas. Habla sin temor —dijo. Ella le miró fijamente durante un segundo. Luego soltó una de sus manos, abrió el bolso y extrajo un papel que entregó al investigador.

—Lo he encontrado hoy, en la mesa de trabajo de mi padre —dijo—. Los periódicos han publicado la identificación de las víctimas de la explosión en el Golden Moon. Todos los nombres que se han dado a conocer, coinciden con los que están escritos aquí, Tony.

* * *

Sentado tras su mesa, con la taza de café en una mano, Felan

contemplaba pensativamente la breve lista de seis nombres que Nellie acababa de entregarle. El nombre de Emory T. Dowick figuraba en primer lugar.

—¡Pero mi padre no ha sido! —exclamó ella, tras un prolongado silencio—. No, papá no tomaría parte jamás en una cosa tan horrible. Él no ha sido, Tony, te lo juro por lo más sagrado.

Felan alzó la mano derecha.

—En el despacho de Belle Throne se han encontrado notas relativas a un pago de cien mil dólares que realizó hace algunas semanas —manifestó—. Hay una breve indicación sobre su destino, y parece que ese dinero se empleó para pagar a los asesinos.

—¿Crees a Belle capaz de desprenderse de una suma tan enorme? —se asombró Nellie.

—Alguien la convenció, estoy seguro de ello. Y, aún más, sospecho que los demás también aportaron una cantidad semejante.

—¡Seiscientos mil dólares! ¿Tanto cuesta asesinar a cinco personas?

—Han sido algunas más, pero no importa. Yo pienso que... Nellie, ¿no está tu familia en Europa?

—Pues sí, continúan allí... Ayer estaban en Roma; precisamente hablé con mamá.

—¿Y con tu padre?

—No; pero si él hubiese vuelto al país, mamá me lo habría dicho. Papá no tiene por qué ocultar sus movimientos. No hablé con él, porque había salido a pasear con los más pequeños. Mamá y él iban a asistir a una fiesta y querían dejarlos acostados... Oh, Tony, esa lista es una calumnia... Alguien la dejó en el despacho de mi padre... Tenemos una máquina de escribir en casa, pero te aseguro que no es la misma con la que se ha escrito esa lista.

Felan oyó las últimas palabras de la muchacha y se puso rígido.

Nellie se sobresaltó.

—¿He dicho algo inconveniente? —preguntó, alarmada.

—No, pero puede que me hayas dado la solución del caso —contestó él—. ¿Quieres acompañarme al aeropuerto?

—Sí, desde luego...

—Entonces, no perdamos tiempo. ¡Vamos allá!

Al salir, Felan pidió un coche de patrulla con dos agentes. El automóvil partió de inmediato a toda velocidad, con las luces

encendidas y envuelto en el estridor de la sirena.

Apenas arrancó el coche, Felan dio una orden:

—Llamen al aeropuerto. Ordene que suspendan todos los vuelos.

—Bien, señor —contestó el acompañante del conductor.

Nellie no comprendía las intenciones del joven, pero presintió que Felan iba a resolver por fin el enigma de tantas muertes.

* * *

El maletín estaba en el suelo, cerca de una de las ventanillas de despacho de billetes. Su dueño se hallaba de espaldas y no vio a Felan acercarse al maletín y soltar disimuladamente las presillas, aunque sin abrirlo del todo.

Al lado había un portafolios y una máquina de escribir portátil. Felan se retiró unos pasos y, en aquel momento, Willebrandt giró en redondo.

Al ver al joven, sonrió.

—Muchacho, ¿qué hace aquí? Ha sido muy amable al venir a despedirme, pero no hacía falta...

Impasible, Felan extrajo el papel que le había entregado Nellie y lo puso delante de los ojos de su jefe.

—Aquí están los nombres de cinco personas que murieron hace dos días —dijo—. Hay otro también, el de un tal Dowick, quien no ha tenido nada que ver con ese asunto. —Debe de ser el autor de la explosión...

—Está en Europa y jamás ha tenido relación con lo ocurrido.

—Entonces, no comprendo... ¿Cómo ha llegado esa lista a su poder, muchacho?

Felan hizo un gesto. Nellie se adelantó.

—La dejó usted el día en que vino a visitarnos, cuando pidió permiso para usar el teléfono. Yo la he encontrado hoy y puedo asegurarle que no está escrita con nuestra máquina.

—Hay muchas máquinas de escribir en este mundo —sonrió Willebrandt.

—Sí, y aquí estoy viendo una, la que usted se lleva para despachar la correspondencia personal atrasada —dijo Felan—. ¿Le importa que hagamos una prueba de comparación? Willebrandt frunció el ceño.

—¿Me está acusando de esos horribles asesinatos? —preguntó, colérico.

—Si es inocente, señor, no tendrá inconveniente en que hagamos la prueba. Usted, mejor que nadie, sabe que no hay dos máquinas que escriban exacta y absolutamente igual, y que la escritura de una máquina se puede identificar comparando dos muestras realizadas con la misma.

Sobrevino un momento de silencio. Los dos policías de uniforme aguardaban a distancia prudencial, sin intervenir, ya que habían recibido órdenes en tal sentido.

—Bueno, la máquina es mía, pero cualquiera pudo utilizarla para escribir esa lista...

—Usted se la lleva, probablemente, la arrojará al fondo de algún lago —acusó el joven—. Así quedará destruida la prueba de su culpabilidad.

—Ah, usted cree que se puede abrir la ventanilla de un reactor de pasajeros y tirar algo al océano, ¿verdad?

—Por supuesto que no, pero podría hacerlo al llegar a su destino. Jefe Willebrandt, ahora recuerdo que usted dijo, el día en que me encomendó buscar al asesino de cinco indeseables, que hablaba con alguien por teléfono, después de que yo hubiera salido de su despacho. Volví a entrar y le escuché algo parecido a esto: «Con él estaremos tranquilos... Es el mejor que podríamos encontrar...». Pero no se refería a mis aptitudes, sino a mis torpezas. Un policía tonto, despistado, que metía la pata a cada paso que daba... ¿Qué mejor ocasión para conseguir su impunidad?

—Muchacho, su fantasía es desbordante. No sé cómo ha sido capaz de imaginarse algo semejante.

—Esperó demasiado tiempo desde aquel día. Tenía que deshacerse antes de alguien que podía comprometerle. Por ejemplo, la señora Pawson, que recelaba sin duda de usted, porque debía de estar enterada de algunos de sus contactos con su difunto esposo... Pero no lo consiguió, porque yo me quedé en su casa y maté al asesino que usted había contratado. A partir de entonces, decidió actuar por sí mismo y asesinó a Ankrum, quien también andaba tras la pista de los conspiradores. ¿Le amenazó con descubrirle? ¿Pidió dinero? No importa demasiado; usted lo asesinó y tendrá que responder ante un tribunal... y también responderá de la explosión

que mató a sus cinco socios.

Felan hizo una corta pausa para tomar aliento. Nellie no quitaba ojo del rostro de Willebrandt, que iba transformándose poco a poco en una máscara de furia infinita.

—Cinco socios que debían desaparecer, para no responder del dinero que le habían entregado para gastos. Usted ha esperado tanto —agregó Felan—, porque tenía que realizar esa suma en billetes fácilmente transportables fuera del país.

»Cinco conspiradores... —confirmó Felan—. Belle Throne, la que quería vengar a Arpad y cuya investigación suspendió usted, cuando yo estaba a punto de culminarla, porque temía ser descubierto. Arpad era un peligro para usted por su ambición y decidió suprimirle. Con usted estaban el fiscal, quien otorgaba protección a Belle para su casa de juego; un respetado juez, dos prominentes hombres de negocios que habían tenido problemas con el hampa de la ciudad y que querían vengarse de los atropellos sufridos...

Un hombre con uniforme azul se acercó de pronto.

—Señor Willebrandt, su avión está listo —informó.

Felan sonrió, a la vez que extendía una mano.

—Un avión privado, ¿eh? Desde ese aparato, sí se puede tirar una máquina de escribir al océano... Márchese por donde ha venido, amigo; el señor Willebrandt acaba de cancelar ese viaje.

El piloto le miró con asombro. Repentinamente, Willebrandt sacó un revólver.

—¡Vaya al avión! —gritó al piloto—. Póngalo en marcha; despegaremos inmediatamente. Usted, Felan, no se mueva de donde está. Señorita Dowick, prepárese a venir conmigo como rehén para mi seguridad.

Nellie se asustó. El aspecto del asesino era horrible.

—¡Vamos, chica, obedezca! —rugió Willebrandt, a la vez que se inclinaba para agarrar el maletín con la mano izquierda, pero sin perder de vista al joven—. Señorita, camine delante de mí y no haga ningún gesto raro o la mataré.

—Obedece, Nellie; ya le atraparemos...

Felan no tuvo tiempo de completar la frase. Al levantar el maletín, sueltas las presillas, la tapa se abrió y una cascada de fajos de billetes de banco se esparció por el suelo.

Willebrandt lanzó un terrible grito de cólera. Felan presintió su

reacción y, lanzándose a un lado, derribó a Nellie al suelo, cubriéndola con su cuerpo.

El asesino disparó una vez, pero erró el tiro. Los policías de uniforme, que habían escuchado todo, abrieron el fuego con sus armas.

Willebrandt retrocedió, empujado por las balas. Sus ojos, muy abiertos, despedían ahora chispas de odio infinito. Extendidos los brazos, dio un par de pasos hacia atrás y acabó por caer de espaldas al suelo.

Felan se incorporó un poco y miró a la muchacha.

—¿Estás bien?

—Con miedo espantoso, pero perfectamente —respondió ella.

* * *

Regis, el mayordomo, le recibió ceremoniosamente.

—Pase, señor; el señor le aguarda en su gabinete privado —dijo.

Felan se sentía desconcertado. El padre de Nellie le había llamado urgentemente y no tenía la menor idea de lo que iba a decirle. Pero no se sentía muy tranquilo. Acaso, pensó, va a echarme una bronca monumental por haberla puesto en grave riesgo...

Al pasar por el salón, tropezó con tía Emily. La anciana le asestó un paraguazo, que él pudo esquivar a duras penas.

—Canalla indecente, lúbrico individuo... Hacerle una cosa semejante a una chica tan dulce y tan buena... ¡Asno libidinoso!

Felan se sentía atónito. ¿Por qué le dirigía la anciana tan atroces insultos?

El señor Dowick aguardaba en pie tras su mesa de despacho.

—Voy a ir al asunto directamente, joven —manifestó, sin hacer el menor ademán para estrecharle la mano—. En esta casa somos muy liberales, en casi todos los aspectos, pero hay cosas que no podemos pasar por alto, pese a que en la época actual se consideren anticuadas o innecesarias.

—No entiendo, señor —dijo el visitante—. ¿A qué se refiere?

—¡Usted debiera saberlo mejor que nadie! —tronó el padre de Nellie—. Mi hija acaba de confesarnos que está embarazada y que usted, el padre de su hijo, se niega a casarse con ella. ¿Acaso no va

a reparar la falta cometida, dando su nombre a la criatura que muy pronto vendrá al mundo?

Felan abrió la boca. Y en aquel momento, se entreabrió la puerta. Nellie asomó, sonriendo maliciosamente, a la vez que agitaba una mano en señal de saludo.

—Tony, dile que sí o la emprenderá a escopetazos contigo —aconsejó.

—¡Sal de aquí, hija depravada! —vociferó Dowick—. Las cosas que se discuten en esta habitación, sólo pueden ser tratadas por los hombres. Ya te llamaremos...

—¿Dirás sí, Tony? —preguntó ella, sin hacer caso a su padre.

Felan dudó un momento.

Habían discutido el tema días atrás. Él se había mostrado reticente, alegando la diferencia social. Nellie le había contestado, diciéndole que en las empresas de su padre siempre hacían falta abogados jóvenes y emprendedores. La cosa había quedado en el aire, aunque Nellie había llegado a darse cuenta de los escrúpulos del joven.

Había recurrido a una argucia irresistible, en su familia, para conseguir sus propósitos. Pero esto no importaba, se dijo; lo realmente importante era que estaban profundamente enamorados el uno del otro.

Lentamente, Felan se volvió hacia Dowick y sonrió.

—Puede guardarse su escopeta, señor —dijo.

Luego se acercó a Nellie. La muchacha lanzó un grito de alegría y se colgó de su cuello. —En estos momentos, soy la mujer más feliz del mundo— aseguró.

Salieron juntos. El señor Dowick se quedó en su sitio, bajo la sospecha de haber sido objeto de una jugarreta de su hija.

Tía Emily se les acercó, con los ojos en llamas.

—Al fin ha cedido ese sinvergüenza, ¿eh?

Nellie sonrió.

—Me quiere y yo le quiero, tía. Pero no había nada de lo que te figurabas... aunque todo llegará, naturalmente.

La anciana se quedó boquiabierta. El paraguas se le cayó al suelo. Felan se precipitó a recogerlo. Al levantarlo, el mango se enganchó en la falda.

Se oyó un horrible ruido de tela rasgada. Felan agarró la mano

de Nellie y tiró de ella.

—¡Huyamos! —gritó.

Ella reía estruendosamente. Felan se dijo que había tomado parte en unos terribles juegos de azar y muerte. Ahora, serían juegos de vida...

—No, no será un juego —murmuró, a la vez que, fuera de la casa, abrazaba estrechamente a su futura esposa.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.